BRUGUERA

BOLSILIBROS



HEROES PRADERA

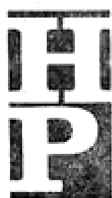
UN ZORRO Y UNA ZORRA

Silver Kane

UN ZORRO Y UNA ZORRA

SILVER KANE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 705
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS - MEXICO



HEROES DE LA PRADERA



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.319 — El sheriff y las viejecitas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.524 — Asesino a precio fijo.

En Colección SALVAJE TEXAS:

736 — Infierno: capital, Dodge City.

En Colección KANSAS:

665 — Un buitre llamado Cox.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.014 — Demasiadas faldas en Wichita.

En Colección ASES DEL OESTE:

502 — Ni más ni menos que un hombre.

En Colección COLORADO:

637 — Jinetes de medianoche.

En Colección CALIFORNIA:

751 — Todos esperaban la muerte.

En Colección PUNTO ROJO:

947 — Una tumba en Manhattan.

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

703 — Ataúd para una mujer bonita.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

15 — Un Colt, una mujer y un diablo.

En Colección BRAVO OESTE:

1.175 — La viuda de Dodge.

ISBN 84 02 02524-2
Depósito legal: B. 18.407-1983
Impreso en España Printed in Spain
2ª edición: julio, 1983
3ª edición en América: enero. 1984

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)
Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Vallés (N-152. Km 21.650)
Barcelona 1983

INTRODUCCION

LOS cuatro hombres empezaron a contar acompasadamente:

—Uno… ¡Dos…! ¡Tres…! ¡Fuera!

Lanzaron el bulto humano que sostenían entre los cuatro.

El bulto humano salió despedido, rompió los cristales del saloon y terminó rodando por el polvo de la calle. Una vez allí se palpó el bolsillo derecho de su levita y barbotó:

—¡Maldita sea! ¡También me han roto la botella!

Fue todo lo que se le ocurrió.

Le habían magullado los huesos y tenía la cara llena de sangre a causa de los cristales rotos, pero lo único que lamentaba era que le hubiesen fastidiado la botella de whisky que aún conservaba en uno de sus bolsillos.

El sheriff se acercó a él, haciendo sonar las espuelas.

—Eh, amigo…

El caído tuvo que mirar varias veces para verle bien, porque distinguía dos sheriffs en lugar de uno.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Le han ascendido?

—¿Por qué dices eso, marrano?

—Ahora lleva dos estrellas.

—A ver si te parto la cara de un puntapié. Menos burlarte de la gente o te hago arrastrar por un caballo.

—Por mí como si me quiere hacer arrastrar por un bisonte, mientras me deje mamar por el camino una botella de whisky.

—Eres el peor borracho y el tío más puerco de Carson City. Voy a decirte una cosa para que la aprendas de una vez.

El caído bizqueó.

—¿Qué, sheriff?

—Por escándalo público, por gandulería y por borrachera, vas a tener que pagar una mula de cien dólares.

—Je, je… No me haga reír, sheriff. No me toque la pera. Usted sabe que no tengo ni un níquel.

—Pues entonces hay otra solución.

—¿Cuál?

—Mañana serás expulsado de la ciudad.

—No puede hacerla Tengo, aquí, una profesión honrada.

—¿Tú…?

—Sí, señor. Soy investigador privado.

—¿Y qué investigas, macho?

—Pues… robos de ganado, infidelidades conyugales y todo eso.

—¡Qué robos de ganado ni qué cuerno! El último asunto que tuviste, hace tres meses, consistió en buscar un perro desaparecido. Y encima no lo encontraste.

—Sí que lo encontré, sheriff. Lo que pasa es que me lo vendí porque era de buena raza. Se lo confieso ahora.

El representante de la ley lanzó un bufido.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí, maldito seas! ¡Y recuerda bien esto! ¡Mañana al mediodía tienes que estar fuera de la ciudad!

El borrachín se puso en pie trabajosamente y se sacudió las ropas. No iba mal vestido, aunque su traje —que quería ser respetable— ya estaba desgastado por todas partes. Del bolsillo donde había guardado la botella empezó a sacar pedazos de cristal impregnados de whisky. Por casualidad encontró también una moneda de a medio dólar.

—¡Caramba! Soy rico… Tome, sheriff.

—¿Para qué? ¿A cuenta de la multa?

—No. Para que se beba un trago a mi salud.

El sheriff lanzó una maldición y le arreó un puntapié. Pero el otro ya se había escabullido, y la consecuencia fue que el sheriff pegó al vacío, perdió el equilibrio y acabó cayendo estrepitosamente a tierra.

—¡Maldito! ¡Te haré arrastrar por una pareja de bisontes! ¡Te afeitaré en seco! ¡Te pondré a dormir con mi suegra…!

Pero el otro ya no le oía

Acababa de llegar a su oficina, a su despacho, a su tugurio, al único sitio de donde aún no le habían echado en aquella bendita ciudad.

Encontró dos botellas vacías en la puerta.

Mucha gente las dejaba allí para que, por las mañanas, los granjeros que hacían el recorrido de Carson City las sustituyeran por botellas llenas de leche.

Pero las que él había dejado no eran de leche, sino de whisky.

Esperaba que el dueño del saloon de al lado se las sustituyera por otras sin estrenar, como había hecho al principio.

Pero ahora las botellas estaban vacías. Y debajo de una de ellas encontró una cariñosa nota: «O paga o le mato.»

El hombre miró de reojo hacia el saloon, hizo un gesto de inquietud y se coló en su oficina.

Por las ventanas de ésta aún entraba la luz declinante de la tarde.

El recién venido vio su mesa de trabajo, o mejor dicho su mesa de no

trabaja

Vio la licencia de detective particular.

Vio el cartel que decía: «Alta investigación privada. Confianza. Discreción. Seriedad. Se admiten encargos a crédito. Se admiten pagos en botellas de whisky.»

Vio las dos sillas donde no se había sentado un cliente desde la fundación de Estados Unidos.

Vio las piernas.

¿Queeeé…?

Sí, sí. Las piernas.

La damisela estaba sentada tranquilamente en una de aquellas dos sillas, mirando frente a sí con expresión entre desdeñosa y lejana. Su modo especial de sentarse hacía que sus maravillosas piernas se mostraran hasta un extremo capaz de marear a un gorila. Una cortesana no lo hubiera hecho mejor. Tenía los ojos levemente nublados, levemente turbios de las mujeres que parecen estar siempre pensando en el amor.

Aquellos ojos se clavaron entonces en el joven que acababa de atravesar la puerta.

Este estaba como petrificado… No podía avanzar un paso. Su boca se abrió en una mueca de asombro mientras la borrachera se le pasaba en sólo unos segundos.

—No… no puede ser… —balbució.

Ella seguía mirándole con indiferencia mezclada de desprecio.

—¿Qué es lo que no puede ser? —murmuró—. ¿Le extraña tener un cliente?

—¿Qué… qué haces aquí?

Los dientes del hombre habían chirriado peligrosamente, pero ella no se inmutó. Seguía mirándole con expresión desdeñosa, como si él fuera poco más que un animal al que quisiera alquilar para un trabajo.

—He venido a encargar un asunto —dijo—. ¿Qué pasa? ¿No me atiende? ¿O es que ya ni para eso sirve?

El hombre se sentó al otro lado de la mesa. No podía apartar los ojos de las provocativas piernas de la mujer, aunque su visión no le producía deseo, sino una especie de mortal desengaño.

Luego elevó los ojos hacia su rostro.

—¿A qué has venido sola hasta aquí? —musitó—. ¿Qué pasa? ¿No eres una mujer casada?

—Claro que lo soy.

—¿Y qué pretendes?

—Muy sencillo: buscar a mi marido…

El joven sintió una especie de vértigo. Todo aquello le parecía tan

increíble que aun ahora, después de unos minutos de hablar con la mujer, aún le parecía estar soñando. Buscó en uno de los cajones una botella para echar un trago, pero no la encontró.

—¿Tu marido te ha abandonado? —bisbiseó.

—No, pero está ausente y hace tiempo que nada sé de él. Me temo que le pueda haber ocurrido algo.

—Tu marido… Nada menos que Ben Burke…

—Sí.

—Uno de los pistoleros más asquerosos de todo el Oeste…

—No tienes ningún derecho a insultarle. Calla tu asquerosa boca de borracho, pesquisa. Cierra el pico.

El no oyó ni siquiera los insultos. Guiado sólo por los pensamientos que se atropellaban en su cerebro mascullό:

—El hombre que asesinó a tu propio padre…

—Eso está por probar.

—¡Perra! ¡Tú sabes que lo hizo!

Las facciones de la mujer no se inmutaron. Con expresión tranquila murmuró:

—De un modo u otro es mi marido y necesito encontrarlo. ¿Qué? ¿No conviene el trabajo, pesquisa? Me han dicho en la ciudad que eres un perro vagabundo, un muerto de hambre. Me han dicho que no puedes pagar ni el whisky que te bebes y que van a expulsarte de la dudad. Yo trato de hacerte una limosna, trato de ponerte un pedazo de pan en la boca. ¿Qué…? ¿No aceptas? ¿O prefieres que te echen como lo que eres, como un vagabundo?

El cerró un momento los ojos.

Normalmente, en otras circunstancias, hubiera saltado al cuello de quien le dedicara aquellos insultos. Lo hubiera dejado seco de un guantazo o de una bala. Pero ahora hasta para eso le faltaban las fuerzas. Una terrible debilidad se apoderó de él.

Los recuerdos le ahogaban.

Le devolvían otra vez al momento en que, dos años antes, se quedó a solas con aquella mujer, cuando un hombre que mandaba un grupo de tiradores alzó el brazo e hizo la señal de alto…

CAPÍTULO PRIMERO
LA MISION

EL teniente Caldwell, veterano de la guerra civil y hoy convertido en uno de los guías más expertos de Nuevo México, levantó la mano derecha para indicar al grupo que se detuviera.

El grupo estaba formado por ocho jinetes, los cuales custodiaban una carreta.

—¡Altooo…!

Los hombres se detuvieron y se abanicaron con sus sombreros. Empezaba a hacer ya un pegajoso calor, y a aquella hora del mediodía el sudor resbalaba por sus rostros.

Caldwell decidió:

—Podéis descansar a la sombra. Haremos un alto de diez minutos.

Los hombres situaron el carromato y los caballos cerca de unos árboles que proyectaban una benéfica sombra. Bebieron de sus cantimploras y se mojaron un poco los rostros. Los únicos que no hicieron nada de eso fueron el propio Caldwell y el joven que se acercaba a él a lomos de un corcel pinto.

Caldwell miró al que se aproximaba. Era un joven de unos veinticuatro años, uno de los mejores guías que había en Nuevo México. En cierto modo era incluso mejor que él. Norman llevaba sólo dos años en el oficio, pero ya se había acreditado como un hombre incansable y, sobre todo, como un tirador excelente.

Norman, por su parte, le miró a él. Caldwell ya era viejo, pues había ascendido trabajosamente en el ejército, desde soldado raso a teniente, por méritos de guerra. Pero todavía conservaba el vigor, la fe y el entusiasmo de sus veinte años.

Los dos se saludaron.

—Este es el último alto —dijo Caldwell—. Tú sabes que a partir de este memento te dejo solo con tres hombres.

—Hum… No es una perspectiva muy agradable, Caldwell. Y me he preguntado bastantes veces si esos imbéciles del Banco no se habrán equivocado al planear esto.

—Si se han equivocado, no es cuestión nuestra. A nosotros nos contrataron para llevar el cargamento de ciento cincuenta mil dólares a

Santa Fe, y eso es lo que estamos haciendo. Ya sabes que el plan consiste sobre todo en no llamar la atención.

Norman se pellizcó el lóbulo de una oreja.

—Sí, ya lo sé —dijo—, y no estoy muy seguro de que vayamos a conseguirla

—Sin embargo, yo creo que el plan es bueno. Llevo años en este cochino oficio, desde que terminó la guerra civil, y me he convencido de que transportar oro con grandes precauciones y valiéndose de muchos hombres es un mal asunto. Esta tierra está llena de atracadores y acaban tendiéndole una trampa. Aunque lleves un regimiento, caes igualmente. Lo mejor es no llamar la atención y viajar como si fueras un hombre que busca nuevas tierras con su familia. Mira.

Señaló el carromato. Una muchacha, al ver que la miraban, saludó alegremente desde el pescante.

Era una preciosa muñeca de unos veinte años, cuyo vestido demasiado severo no lograba disimular, sin embargo, la rotunda perfección de sus formas.

—Te confío a mi única hija —dijo Caldwell, pensativamente—. Debéis viajar como si fueseis marido y mujer, lo cual despistará a cualquiera. Los otros tres hombres estarán ocultos dentro del carromato y harán frente por sorpresa a todo aquel que os ataque. Cuando lleguéis sin novedad a Santa Fe, como confío, entregas a Laura a mi hermano, que cuidará de ella con más atenciones que yo. ¡Maldita sea…! Yo siempre estoy de viaje, contratado por unos y otros. Yo estoy seguro de que podréis pasar por delante de una pandilla de forajidos y no os harán nada, muchacho, porque creerán que no lleváis ni diez dólares encima

—Tengo miedo por ella —dijo pensativamente Norman—. Laura es una presa lo bastante apetitosa para que se lancen por ella al asalto.

Caldwell movió la cabeza negativamente.

—No, no lo creo. Caerían sobre ella como hienas si estuviera sola, pero no se arriesgarán a un balazo sólo porque les parezca bonita. Y así, si algo ocurriera, los tres hombres que irán ocultos dentro del carromato les darían una buena respuesta.

—De acuerdo, Caldwell. Confío en que tendremos suerte.

—La tendrás, muchacho. Es la quinta misión que realizas solo, ¿verdad?

—S, y siempre custodiando cargamentos de oro.

—En las cuatro anteriores llegaste a tu destino sin novedad, a pesar de que en dos de ellas hubo una buena ensalada de tiros. Ya verás cómo esta vez no tienes problemas. Bueno… Ya casi han pasado los diez minutos.

Alzó de nuevo el brazo derecho.

—¡Eh, muchachos! ¡A prepararse…! ¡Jim! ¡Henry! ¡Low! ¡Vosotros

iréis ocultos en el carromato y con los rifles preparados! ¡Los demás vendréis conmigo, llevándoos todos los caballos!

Los guardianes se dispusieron a cumplir la orden. Tres de ellos se introdujeron en el carromato y quedaron invisibles para cualquiera que estuviese en el camino. Los otros reunieron todas las monturas para regresar con ellas.

Caldwell se despidió de su hija con un beso. Se oyeron secas órdenes y se reemprendió la marcha.

Norman fue quien condujo el carromato, llevando un rifle sobre las rodillas. Parecía un emigrante más de los que continuamente cruzaban el Oeste con sus familias, en busca de nuevas tierras. La mayor parte de ellos no eran ya atacados por los forajidos, a pesar de que éstos abundaban en Nuevo México, porque el botín que se podía obtener resultaba irrisoria Todo el que se arriesgaba a hacer con su familia la ruta infernal hacia California no podía ser más que un muerto de hambre.

Norman pasó la cantimplora a Laura.

—¿Un poco de licor?

—No. Luego me daría más sed.

—¿Contenta, Laura?

—Claro que lo estoy. Norman. Lo único que me sabe mal es no haberle dicho nada a mi padre.

—Esperaba que se lo dijeras…

—¿Que tú y yo nos queremos hace un año…? Claro que debiera habérselo dicho. Pero no sé por qué me ha dado miedo pensar que papá me considere una egoísta. Que crea que, al casarme contigo, lo único que pretendo es dejarle solo. A veces soy una tonta, Norman. No sé por qué me he callado.

Él le acarició suavemente los cabellos rubios con un gesto lleno de ternura.

—Le escribiremos desde Santa Fe, muñeca.

—Sí, y él lo comprenderá. Le diremos también que venga a vivir con nosotros y que deje este maldito oficio. Pero todo esto requería largas explicaciones y no he tenido valor para dárselas. Repito que soy una tonta.

Norman sonrió.

Le encantaba la ingenuidad de Laura, aquella timidez de muchacha que aún no ha dejado atrás el espíritu de sus quince años.

Sacó la cabeza del carromato y miró hacia atrás, hacia las huellas que iban dejando en la llanura.

—Hay algo que me preocupa de verdad —musitó.

—¿Qué?

—Ni tu padre ni los otros han dado importancia a eso, pero yo lo

puse en el informe y no me hicieron caso: las huellas que deja este carromato son demasiado profundas, señal de que lleva un peso excesivo. Si alguien se fija en ellas se dará cuenta de que aquí hay trampa, y entonces…

Laura negó con la cabeza.

—No te preocupes. Norman. Estos carromatos suelen ir muy cargados.

—Pero no tanto.

Miró hacia atrás, hacia los tres hombres que estaban apostados en el interior. En caso de ataque podían resultar eficaces, pero no confiaba demasiado en ellos. Su única esperanza estaba en pasar inadvertidos por aquella tierra infestada de salteadores, como si fueran unos emigrantes más, unos emigrantes que huyeran de su miseria.

Laura señaló hacia el fondo del camino.

—Mira, allí está la misión.

En efecto, el viejo edificio levantado por los colonizadores españoles se hallaba al borde de la senda. En otro tiempo fue una magnífica construcción que albergaba a más de doscientos hombres, pero ahora consistía en un montón de ruinas. Allí empezaba la jurisdicción de otro condado y por lo tanto de otro sheriff. Aquella zona tenía fama de ser un poco más tranquila.

—Los caballos podrán beber —musitó Norman—. Aquí hay agua.

Introdujo el carromato por lo que había sido una gran portalada principal y se acercó al arroyo que rumoreaba entre las piedras. Fuera de aquello y del chirrido de las ruedas, todo era silencio. Se dispuso a saltar del pescante para estirar los músculos y concederse un descanso de diez minutos.

Los hombres que estaban en el interior le miraron.

—¿Qué? ¿Podemos salir, Norman?

—Sí. Aquí no hay peligro.

—Pues abajo…

Saltaron los tres, dejando sus rifles en el interior y sin llevar por tanto más armamento que sus revólveres.

Uno de ellos dijo:

—Yo también voy a be…

No llegó a terminar la frase.

Todo sucedió como en una alucinación, como en esos relampagueos que a veces nos sacuden en los sueños. Nadie vio nada hasta que el primer disparo partió de lo alto de uno de los muros. Nadie se enteró de nada hasta que el primero de los vigilantes cayó con la cabeza atravesada.

—¡Cuidado!

Norman acababa de oír el disparo y se había vuelto con la velocidad

de un reptil. El Colt brillaba entre sus dedos, después de sacarlo con una velocidad vertiginosa.

Vio al que acababa de disparar.

Estaba en lo alto del viejo muro, con el rifle todavía humeante. Se disponía a encararlo hacia él.

Norman no necesitó ni apuntar.

Todo su cuerpo giró, mientras apretaba el gatillo. El hombre soltó el rifle mientras una espantosa mancha de sangre aparecía en su cara.

—¡Vosotros! ¡A las ruedas!

Se dirigía a les dos tiradores que continuaban con él, para que al menos se protegieran entre las ruedas del carromato. Pero sólo uno pudo obedecer la orden.

El otro había sido alcanzado por una bala en la cabeza y se desplomaba entre las piedras.

Norman dio un empujón a Laura, tratando de apartarla del camino de los proyectiles.

Sus dientes chirriaban. Se daban cuenta de que estaban en una encerrona sin salida, lo cual significaba que alguien había dado el soplo. Pero ahora no le quedaba tiempo ni para pensar en eso.

Estaban materialmente rodeados por tiradores; por tiradores que tenían rifles y que se cobijaban entre las piedras. Norman sintió como una quemadura en una pierna y cayó.

No se dio cuenta de que eso le había salvado la vida, porque una bala atravesó el aire, en el segundo siguiente, por el sitio en que antes estaba su cabeza. Rodó junto al carro con un gesto de dolor y miró al único hombre que le quedaba.

Este disparaba entre las ruedas y había alcanzado a uno de los atacantes. Pero el huracán de plomo le alcanzó a su vez.

Lanzó un grito mientras se llevaba las manos a la frente.

En ella había aparecido una mancha roja.

Norman vio que varios atacantes salían de sus refugios y venían hacia él. Tuvo fuerzas para ponerse de rodillas y disparar desde la cadera rabiosamente.

Hizo dos disparos y liquidó a dos hombres. La puntería de Norman era implacable a corta distancia. Otro pistolero intentó cobijarse de nuevo al adivinar el peligro.

Norman apretó el gatillo de nuevo.

Su enemigo hizo una trágica pirueta y se hundió entre las piedras.

Pero un plano rozó entonces el hombro derecho del joven guía.

Este lanzo un grito de dolor mientras le recorría un espasmo. Tuvo que soltar el revólver.

Oyó aquel grito que le llegó hasta las entrañas. Aquel grito que le

hizo lanzar un rugido:

—¡La chica también nos interesa! ¡No la matéis! ¡Sujetadla!

Norman sabía demasiado bien para qué la querían. Apretó los dientes y trató de recuperar el Colt

Una bala hizo girar el arma, mientras le producía un terrible calambre en los dedos. Alzó la cabeza y vio la sonrisa burlona del que acababa de disparar.

Era un rostro demasiado conocido para él. Un rostro que se había visto durante dos años en todos los pasquines de Nuevo México.

—Ben Burke… —barbotó—. Tú…

El pistolero le dirigió una mirada desdeñosa. Sabía que estaba indefenso y no se preocupó demasiado de él. Había algo más importante y con lo que no podía perder ni un minuto.

—¡Al carro! ¡Hay que sacarlo de aquí! ¡Aprisa!

Dos hombres saltaron al pescante e hicieron maniobrar la pesada galera para sacarla del templo. Norman se dio cuenta entonces de por qué habían tenido tanto interés en no herir a los caballos, a pesar del huracán de ploma Y se dio cuenta también de que ciento cincuenta mil dólares se esfumaban ante sus ojos.

Pero no fue eso lo que más le importó. Lo que le volvía loco de desesperación era lo que le pudiera ocurrir a Laura.

Ben Burke había vuelto a gritar:

—¡Que no escape! ¡Sujetadla…!

Laura había intentado huir. Dos hombres saltaron sobre ella, como lobos hambrientos.

Rodaron por el suelo en confuso montón.

Le empezaron a arrancar las ropas a puñados. Laura chilló desesperadamente.

Los dos sicarios la besaron. Manos ansiosas cayeron sobre su cuerpo.

Norman se puso en pie.

Estaba seguro de que iba a morir, pero eso no le importaba.

Avanzó hacia los dos hombres y levantó con la mano izquierda a uno de ellos. Vio un rostro congestionado y el dibujo de una boca rabiosa.

Disparó uno de sus puños. Aquella boca pareció deshacerse en el aire, mientras saltaban dos dientes mezclados a varios hilos de sangre.

El otro pistolero había soltado a Laura y estaba sacando su Colt… Norman disparó entonces la pierna derecha.

Fue un golpe fulminante que pareció atravesar el vientre de su enemigo. Este se estremeció, mientras soltaba el revólver. De su boca escapó una especie de espuma

Sus ojos se habían vuelto blancos.

Pero Laura no estaba a salvo. Otro hombre apuntaba en aquel

memento con su rifle a la cabeza de Norman.

—Ya rezaré por ti de vez en cuando, imbécil —fue todo lo que dijo.

Su dedo índice se cerró sobre el gatillo.

Y, de pronto, el rifle saltó por los aires. De pronto la cabeza de aquel hombre sufrió una terrible sacudida, cuando una bala de rifle le penetró por la nuca y le salió por un pómulo. Alzó las manos y cayó estrepitosamente, como un guiñapo, sobre las piedras.

Ben Burke, que iba a disparar también sobre Norman, se volvió rabiosamente.

Por encima de uno de los viejos muros vio aparecer parte del cuerpo de un hombre. Era un tipo vestido de gris y sobre cuya camisa brillaba una estrella.

Aquella brillante camisa color gris la conocía todo el mundo, en el condado. Era la del sheriff Berkely, famoso por la rapidez de su revólver y por lo implacable de sus métodos. Nunca preguntaba, nunca juzgaba, nunca daba a nadie una oportunidad.

Otros dos hombres habían aparecido también por encima del muro. Los dos usaban rifles y los usaron con precisión mortífera.

Los salteadores cayeron como peleles. El único que se salvó fue el propio Ben Burke, quien se había dado cuenta del peligro y se preocupó solamente de sí mismo, sin acordarse de sus hombres. No dio ninguna orden. Solamente saltó para ponerse a cubierto entre las piedras.

El sheriff y sus agentes seguían disparando. En un momento, la vieja misión quedó tapi2ada de cadáveres.

Norman se apoyó en una de las paredes. Aún no podía creer que, en cuestión de pocos segundos, la cuestión hubiera cambiado tan dramáticamente. Tendió la mano y ayudó a ponerse en pie a Laura, que respiraba agitadamente.

El sheriff Berkely saltó entre las piedras. Sus dos agentes venían tras él.

—Hay que perseguir a Ben Burke —mascculló—. ¿A qué esperáis? ¡Pronto! ¡A los caballos!

Uno de sus hombres movió negativamente la cabeza.

—Los hemos dejado lejos para podernos acercar aquí sin hacer ruido, sheriff —susurró—. ¿Es que ya no se acuerda?

—¡De todos modos id a por ellos! ¡Podéis atraparle aunque os lleve ventaja!

Norman señaló hacia la portalada principal de la vieja misión. Una nubecilla de polvo se iba perdiendo en el horizonte.

—Allí va un carromato con ciento cincuenta mil dólares, sheriff —dijo—. Eso es lo que tienen que perseguir.

—¿Ciento cincuenta mil dólares? ¿Adónde llevaban todo ese dinero?

—A un Banco de Santa Fe. Esperábamos pasar desapercibidos, pero

me temo que alguien ha dado el soplo.

—No se preocupe, lo capturaremos. Lo malo es que nuestros caballos ya están muy cansados después de la galopada.

—¿Puede darme uno?

—No tenemos más que les nuestros, amigo, pero no se preocupe por eso, perseguiremos ese carromato hasta el infierno. ¿Cómo se siente?

—No se preocupe por mí. ¡Diga sólo a sus hombres que se den prisa!

—No depende de ellos, sino de la distancia a que hemos dejado los caballos. Están a más de una milla, para que nadie nos viera mientras avanzábamos hacia aquí. Llevamos ya mucho tiempo siguiendo el rastro de la banda de Burke.

—Una milla…

Norman sintió que le invadía la desesperanza. Tenían que hacer a pie esa distancia para encontrar los caballos, luego montar en ellos e iniciar la persecución. No lograrían nada, teniendo en cuenta que pronto podían empezar a caer las sombras de la noche.

Hizo un gesto de impotencia, pero comprendió que no tenía derecho a quejarse. Al menos había salvado a Laura. Miró a la muchacha y vio que ésta caía en sus brazos llorando silenciosamente. Norman la atrajo hacia sí y acarició sus cabellos con ternura. Pero un solo pensamiento llenaba su cabeza, un solo pensamiento zumbaba en su cráneo y no le dejaba vivir

«*El soplo… ¿Quién habrá sido el maldito que ha dado ese soplo…?*»

CAPÍTULO II
UN HOMBRE Y UNA MUJER

NORMAN miró el viejo y tronado despacho, cuyos muebles alumbraba la luz del atardecer. Miró a la muchacha sentada frente a él, aquella muchacha que le mostraba generosamente las piernas, como si quisiera excitarle o tal vez burlarse de él. Ni las cortesanas se sentaban así. Miró aquellos labios rojos, suaves, que tantas veces besó y que ahora dibujaban una leve expresión de desdén, como si la dueña de aquellos labios no creyera en nada ni en nadie.

A Norman ya se le había pasado la borrachera. Ya no se acordaba de que el sheriff de Carson City le había dado menos de veinticuatro horas para abandonar la ciudad. Ya había llegado a olvidar que él era un detective privado, un hombre sin vergüenza y sin dinero, un borrachín, un muerto de hambre, un indeseable expulsado de todos los saloons de la ciudad. Había llegado a olvidarse de todo excepto de aquel pasado que le unía a Laura, aquel tiempo en que las cosas fueron para los dos tan distintas.

—¿Fuiste tú la que dio el soplo, Laura? —musitó, con un hilo de voz —, ¿Estás de acuerdo con Ben Burke?

Los labios de la hermosa muñeca sólo se separaron un instante, sin que en ellos dejara de flotar aquella sonrisa de desdén.

—¿Por qué piensas en eso? —musitó—. Sabes perfectamente que los hombres de Ben Burke intentaron ultrajarme.

—Quizá fue una comedia para acreditar tu inocencia. O quizá aquellos dos sicarios interpretaron equivocadamente las palabras de Ben Burke cuando él gritó: «¡Que no escape!» Creyeron que eso significaba el poder hacer contigo lo que les diera la gana.

Ella negó con la cabeza.

—Ese es asunto viejo, Norman. Yo no he venido para tratar de las cosas que pasaron.

El cerró un momento los ojos. Todo aquello le parecía increíble, tan increíbles como nos parecen algunos sueños después de despertar. Sentía una sorda rabia y hubiera deseado saltar sobre el cuello de aquella mujer, pero al mismo tiempo algo le decía que no podía luchar contra su destino.

Repitió:

—¿Fuiste tú quien dio el soplo, Laura?

—Te digo que ése es asunto pasado. De nada nos sirve recordar aquella persecución ni el modo cómo desapareció el carro cargado con el oro. Al caer la noche, los hombres del sheriff Berkeley perdieron su pista, y cuando amaneció, las huellas ya no les llevaron a ninguna parte. Porque las huellas conducían nada menos que al pantano, donde el carromato, los caballos, los hombres y el oro pare— dan haberse hundido para siempre. Oficialmente todo se dio por fracasado y el asunto se archivó. ¿A qué viene resucitarlo ahora?

—Tu padre no lo olvidó, Laura. Tu padre, el ex teniente Caldwell, se empeñó en seguir las huellas hasta el fin.

—¿Y eso de qué le sirvió?

Norman volvió a cerrar un momento los ojos, cierto… ¿eso de qué le sirvió? Al menos le sirvió para salvar su dignidad, pero en el mundo en que se movía Laura, la dignidad no tenía ninguna importancia. Al fin y al cabo, el empeño del pundonoroso guía no le había llevado sino a la muerte.

—¿Cómo pudo ocurrir eso? —preguntó Norman con un soplo de voz —, ¿Cómo permitiste que Ben Burke acabara con él?

—Yo no tuve ninguna intervención —dijo ella, secamente—. Las cosas marcharon como marcharon. Aquella noche, en Santa Fe, yo no sabía ni siquiera que mi padre seguía la pista…

Ahora fue ella la que cerró un momento los ojos. Ahora fue ella la que pareció recordar, hundirse en aquel abismo sin nombre de su pasado, un abismo donde sólo se oía el tronar del plomo y sólo se sentía la angustia de la muerte…

CAPÍTULO III
UN HOTEL DE SANTA FE

CALDWELL tenía el aspecto vigoroso de siempre, su aspecto de hombre decidido, duro, en el cual no hacían mella ni los fracasos ni los sufrimientos.

Mientras cargaba poco a poco el revólver con las balas que tenía extendidas sobre la mesa, susurró:

—Yo no acabo de tragarme esa historia del pantano, Norman. Ben Burke conocía muy bien el terreno que pisaba y es absurdo que sus hombres se metieran allí, donde iban a encontrar la muerte segura. No, no acabo de creerlo…

Norman, que ya se había curado de sus heridas, se sirvió un poco de licor en un vaso. Después de beber dijo pensativamente: —Sin embargo, las huellas conducían hasta allí, eso está claro. Y todo el mundo sabe que aquel pantano es impenetrable.

—También yo lo he pensado siempre, Norman.

—Entonces, ¿de qué le sirve empecinarse en la idea de recuperar el oro? Aquellos hombres se confundieron de camino en la oscuridad, se hundieron en el pantano y se fueron al infierno con caballos, armas, carromato y oro. ¿Qué otra explicación quiere buscar? Aquel cargamento está definitivamente perdido y lo mejor que podemos hacer es olvidarla

Añadió, con un deje de tristeza en la voz:

—Además el responsable soy yo, Caldwell, no usted.

—Fui yo quien trazó el plan; fui yo quien te dejó solo en una ruta que no había sido vigilada de antemano.

—Olvídelo. La sorpresa que me dieron se la hubieran dado igualmente al mismísimo diablo.

Caldwell se removió inquieto en la silla, mientras cerraba con un chasquido el cilindro de su revólver.

—Es inútil, Norman… Hace dos meses de aquello y ni una noche he podido olvidarlo. En primer lugar, alguien dio el soplo. En segundo lugar, nadie me quitará la idea de que en aquel pantano hay algún camino.

—¿Lo bastante ancho para que por él pase un carro cargado?

—Sí.

—Es absurdo, Caldwell. Como máximo, se puede suponer que por allí hay camino para un hombre. Y ya es mucho.

—Los atracadores pudieron descargar el oro, pasar con él a cuestas en varios viajes y luego hundir carro y caballos intencionadamente en el pantano. Tenían mala sangre para eso y para mucho más.

Norman cabeceó. Visto desde aquel ángulo, el asunto ya no le parecía tan absurdo. Resultaba difícil imaginarlo, pero… Hizo un gesto de interés y preguntó a Caldwell:

—¿Por eso me ha llamado aquí?

—Sí. Por eso te he pedido que vinieras a este hotel de Santa Fe, donde vivo desde hace dos semanas investigando y preguntando a la gente… Los que conocen muy bien el lugar, dicen que no hay ningún camino en el pantano, ni siquiera para el paso de un hombre, pero yo quiero investigar por mí misma Esa es la razón de que te haya llamado, Norman. ¿Quieres venir conmigo? ¿Quieres que tú y yo recorramos paso a paso el camino que debieron seguir aquellos hijos de perra?

Norman asintió.

Admiraba profundamente a aquel hombre que nunca se daba por vencido, a aquel tipo fuerte como un viejo roble y que siempre iba más allá de su deber, porque para él el deber y la ley eran sagrados. A Norman le enorgullecía entrar en aquella familia, le enorgullecía pensar que aquel hombre pronto sería como su propio padre.

—Sí —dijo—, iré con usted. Pensaba que ya no había nada que hacer, pero lo que ha dicho me ha obligado a plantearme la cuestión, otra vez. Saldremos mañana si usted quiere.

—Te lo agradezco, Norman.

—¿Sabe alguien más, que está en Santa Fe?

—Sólo mi hija Laura.

Norman se mordió el labio inferior, mientras Caldwell se levantaba e iba hacia la única ventana.

—Por cierto, Caldwell, quería hablarle de su hija.

—¿Qué pasa?

—No, no pasa nada… Es de su hija y de mí.

Caldwell no se volvió. Seguía teniendo la mirada perdida más allá de la ventana, hundiendo los ojos en las sombras de la noche.

Con su actitud pareció dar a Norman alientos para que hablase. Incluso dijo con voz suave:

—Dime lo que sea, muchacho… Tú sabes que me alegra el que tengas confianza en mí.

Norman fue a continuar hablando. Fue a decirle aquella cosa tan sencilla y que, sin embargo, le costaba mencionar ante un viejo compañero de armas como era Caldwell. Fue a decirle de una vez: «Su

hija y yo nos queremos. Pensamos casarnos enseguida, si usted no tiene ningún inconveniente…»

Sí, era la mar de sencilla

Pero de pronto, cuando ya había empezado a hablar, se detuvo. Las palabras se apelotonaron en su garganta.

Caldwell, sin volverse, insistió:

—Bueno, hombre, habla… Lo que tienes que decir, supongo, será lo más natural del mundo.

Pero Norman no habló. Lo único que dijo, gritando, mientras saltaba repentinamente, fue:

—¡Cuidado!

Había visto en la ventana frontera, al otro lado de la calle, una cosa que Caldwell no había llegado a ver. Una de las ventanas del edificio frontero, en la cual había luz, acababa de apagarse repentinamente. Eso ya resultaba sospechoso. —Pero es que además acababa de brillar en la penumbra el relampagueo del cañón de un rifle.

—¡Atrás, Caldwell! ¡Salga de la ventana!

El joven se lanzó a sus pies. Intentó hacerle caer y apartarle como fuera de aquel hueco fatídico.

Pero ya llegó demasiado tarde.

La bala retumbó en la ventana negra y atravesó la calle para ir a empotrarse en la frente del viejo guía Caldwell no se dio cuenta ni de que moría. Lanzó sólo un leve gruñido y, a continuación, bisbiseó únicamente:

—Dios mío…

Cayó hacia atrás. Su cabeza casi se había partido en dos. Y dos balas más atravesaron la ventana para seguir el siniestro *trabaja*

Pero ya no hicieron blanco. Norman estaba también en el suelo, mirando el cadáver de Caldwell con una auténtica desesperación retratada en sus facciones. De pronto aquella desesperación se transformó en una rabia sorda, profunda, densa.

Apretó los puños y tomó impulso.

Saltó por la ventana, rompiéndola con el peso de su cuerpo. Dio en el aire una voltereta trágica.

Otra bala estuvo a punto de atravesarle, mientras él planeaba sobre la calle. Pero eso demostraba a Norman que el asesino aún estaba allí y que por tanto aún podía alcanzarle.

Cayó de pies sobre el polvo.

Sacó el Colt

Las luces de petróleo del hotel frontero titilaron ante sus ojos: La Casa del Reposo. Aquel cochino edificio tenía un nombre acogedor. Pero el asesino de Caldwell no iba a *reposar* demasiado en él.

Norman entró como un meteoro. En aquel momento, un hombre armado con un Colt descendía por las escaleras.

Sin duda estaba cubriendo la entrada. Al ver a Norman, alzó el revólver mientras chirriaban sus dientes.

Este se lanzó hacia una de las butacas y la derribó con el peso de su cuerpo. Mientras volaba por el aire, disparó dos veces.

Alcanzó de lleno a su enemigo. Una bala le penetró en el corazón y la otra le destrozó la cabeza.

Norman lo veía todo como en una especie de neblina, igual que si aquello no fuese realidad. Mientras su enemigo rodaba peldaños abajo, él subió las escaleras como un rayo.

Vio ante sí un largo pasillo.

Una puerta que se abría

El brillo del revólver.

¡Raaaaanc!

La bala de Norman produjo un rugido, en el silencio del corredor. El hombre que había asomado apenas la cabeza, saltó hacia atrás mientras dejaba en el aire unas partículas de sangre.

Aún intentó disparar, pero Norman no le dejó ni un segundo de reposo. Otro salto le situó ante la puerta.

Vio una sombra y vio también la penumbra de la habitación. Notó que su enemigo se bamboleaba, alcanzado mortalmente, pero aún podía oponer resistencia

Norman le evitó preocupaciones.

Una bala. Dos.

La cabeza de su enemigo pareció querer separarse del cuerpo. Salió proyectada hacia atrás, mientras sonaba un terrible aullido.

Entonces fue cuando Norman vio la segunda sombra, al fondo de la habitación. Había otro hombre más en ella, sin duda el que había disparado con el rifle a través de la ventana. Esa creencia se confirmó, cuando notó que era un rifle lo que empuñaba su enemigo.

Lanzó un grito de rabia mientras hacía fuego, pero esta vez era el otro el que tenía la ventaja, porque le había visto antes. La bala de rifle aulló en el estrecho espacio del corredor.

Norman sintió que todo su cuerpo salía proyectado hacia el aire.

El dolor fue tan intenso, que por unos momentos estuvo a punto de hacerle perder el conocimiento. Chocó contra la pared y se dio cuenta entonces de que la bala le había atravesado la pierna derecha.

Y aún podía considerarlo una suerte. A aquella distancia pudo volarle la cabeza o partirle el corazón en pedazos.

Norman resbaló sobre una de las jambas y lanzó un grito de rabia. Fue entonces cuando oyó el estrépito de la ventana, al romperse.

Su enemigo acababa de saltar. Aquel lobo asesino, después de asestar la dentellada mortal, huía…

Los ojos de Norman se nublaron. Chocó de nuevo contra la pared mientras sentía como si su cuerpo se hundiera en un baño de sangre.

CAPÍTULO IV
LAS OSCURAS Y MALDITAS SOMBRAS

NORMAN se puso ahora en pie un momento, mientras paseaba por su arruinado despacho. Cada vez que movía la pierna derecha aún tenía la sensación de que iba a fallarle, y por eso daba un paso un poco más corto. Sólo él sabía lo que había sufrido por esa causa, sólo él sabía lo que le había costado remontar la adversidad, pensando que se convertiría en un paralítico.

Laura le miraba con curiosidad.

En su boca seguía flotando aquella sonrisa de desdén.

—Veo que andas casi bien —dijo—. Con un poco de esfuerzo, no se notaría nada.

—Eso lo dices tú, pero yo sé que mi pierna derecha nunca será como en otro tiempo.

Se volvió de pronto y señaló un bastón con empuñadura de acero que estaba apoyado en un rincón. Fue a decir algo, pero al fin se encogió de hombros. Ella había comprendido. Gracias a aquel bastón, Norman había soportado las horas más amargas de su existencia.

—¿Ya no lo necesitas?

—No.

—¿Qué hiciste aquella noche, Norman? Te llevaron a casa de un médico, ¿no? ¿Y no te dijeron que quizá te amputarían la pierna?

—Sí, claro que me lo dijeron, aunque luego los males pronósticos no se confirmaron. Pero te juro que en aquel momento no me hubiese importado en absoluto.

—¿Qué te importaba pues?

—La muerte de tu padre. El sucio asesinato que Ben Burke había cometido con él.

Fue ella la que cerró ahora les ojos por un momento. Cuando los abrió de nuevo, no había en ellos ninguna expresión. Produjo un chasquido con sus largas uñas y preguntó:

—¿Ben Burke? ¿Cómo sabes que era él?

—Sólo él podía tener interés en matar a tu padre. Sabía que Caldwell era un viejo luchador que nunca soltaba su presa y podía llegar a averiguar la verdad.

—Eso no significa nada, Norman. Mi padre tenía otros enemigos, a causa de su profesión.

—Los hombres a quienes maté en el hotel eran de la banda de Burke. Lo supe al día siguiente.

—¿Y el que huyó? ¿Quién te dice que fue él?

—Lo vieron en la calle. Alguien me lo confesó más tarde.

—A veces la gente se equivoca.

—No se equivocaron los que le vieron tan de cerca. Y los mismos empleados del hotel sabían que era Ben Burke cuando él se presentó allí pidiendo una habitación, pero no se atrevieron a decirle nada al sheriff.

Ella también se había puesto en pie. Bajó su falda unos momentos anduvo por la habitación sin mirar a ningún sitio, pero siempre con aquella especie de sonrisa desdeñosa clavada en la boca.

Las viejas sombras les rodeaban. Otra vez se sentían los dos ahogados por sus oscuros recuerdos.

—¿Por qué no me seguiste pidiendo que me casara contigo? —murmuró ella de repente—. ¿Por qué? ¿Es que acaso tenías miedo de convertirte en un paralítico?

—Sí. Tenía miedo de eso y no quería envolverte en el fracaso de mi vida.

—Tú sabes bien que no había fracasado, Norman. Nunca nadie eliminó a tantos hombres de Ben Burke como habías logrado eliminar tú.

—¿Y eso qué importa?

—Fui yo la que te pidió que te casaras conmigo —siguió ella—. ¿Recuerdas? Unos días después del entierro de mi padre te lo supliqué. Te dije que ya era hora de que nos olvidáramos del pasado y organizásemos nuestra vida.

Los ojos del hombre se enturbiaron.

Por un momento miró al vacío mientras susurraba:

—Claro que lo recuerdo… Durante dos malditos años he estado pensando en eso cada noche. Acordamos casarnos en Albuquerque al cabo de tres semanas, y tú fuiste para preparar las cosas unos días antes. Me escribiste que todo estaba a punto y que podía venir. Yo me presenté allí con una ilusión que antes no había sentido jamás, pensando que al fin y al cabo mi vida podía comenzar de nuevo. ¿Pero qué ocurrió en aquella iglesia de Albuquerque, Laura? ¿Es que ya lo has olvidado? ¿Por qué aquello…?

Sus dedos arañaron un momento el aire, con una mueca patética, mientras susurraba:

—¿Quién puede entenderte, Laura? ¿Por qué tuvo que suceder…?

CAPÍTULO V
UNA BODA EN ALBUQUERQUE

EL mayoral de la diligencia frenó un momento los caballos, y preguntó:

—¿Te dejo aquí, a la entrada de la ciudad, Norman? ¿Prefieres no llegar hasta la casa de postas?

—La iglesia está cerca —dijo Norman—. Me viene mucho mejor apearme aquí. Gracias.

Y bajó de la diligencia

Tuvo que apoyarse en el bastón, pero aun así sus pasos eran casi normales. Sólo él sabía el esfuerzo que aquello le costaba.

—Eh, Norman —le llamó el mayoral.

—¿Quieres algo?

—Toma, lo guardaba para ti. Los muchachos te han regalado esta pipa hecha con la mejor madera del Canadá. Ya saben que no fumas en pipa, pero un hombre casado lleva una vida más reposada y te acabarás acostumbrando. Quizá tú no le des importancia al asunto, Norman, pero los que trabajamos en las diligencias te estamos muy agradecidos porque nos has sacado de muchos peligros.

—No he hecho más que cumplir con mi deber.

—¡Qué va! A veces te has metido en buenos líos sólo por sacarnos de un peligro a nosotros. Lo que sentimos es no poder regalarte algo de más valor. Felicidades, Norman. ¡Y pon buena cara, hombre! ¡No se casa uno todos los días!

Norman sonrió.

En efecto, no se casa uno todos los días, y además con la mujer que ama más que a cualquier otra persona en el mundo. Pero a Norman le costaba sonreír porque nunca imaginó que tendría que ir a la iglesia así, apoyado en un bastón. Y que Laura se tendría que casar de negro porque aún estaba tan reciente la muerte de su padre.

—¡Felicidades!

Los restantes viajeros de la diligencia habían gritado todos a la vez. Norman les saludó alegremente y se dirigió hacia la iglesia, que era una de las dos capillas de Albuquerque situadas a la entrada de la ciudad.

Había bastantes personas en la puerta.

Sin duda el espectáculo de una boda despertaba expectación entre las gentes sencillas. Lo raro era que los inevitables espectadores hubieran llegado tan pronto.

El joven se abrió paso.

Minó su reloj apuradamente. La diligencia se había retrasado un poco y él llegaba con el tiempo justo. Quizá Laura le esperaría impaciente, cosa del todo incorrecta, porque debía haber sido él quien esperara.

Entonces, al atravesar el atrio de la pequeña iglesia, comprendió por qué la gente se apiñaba allí. Se estaba celebrando ya una boda; sin duda, una boda programada para antes de la suya.

Suspiró.

Bueno, por lo visto aún había llegado demasiado pronto. Mejor.

Y de pronto sus ojos sufrieron una especie de sacudida. Todo su cuerpo quedó tenso como un arco.

¿Estaba viendo bien? ¿O quizá había empezado a sufrir una alucinación? ¿O tal vez estaba borracho?

No. No había bebido una gota de alcohol en las dos últimas semanas. Por eso comprendió que sus ojos no le engañaban y que la que se estaba casando a pocos pasos por delante de él… ¡Era la propia Laura!

¡Se estaba casando con otro!

¡Se había burlado de él! ¡Le había asestado la puñalada trapera más sucia que se le puede asestar a un hombre!

Pero sus sorpresas no habían terminado.

Aún tenía que beber hasta el fondo del cáliz, aún tenía que empaparse de amargura y de hundirse hasta el fondo en aquel incomprensible mundo de horror.

Porque Laura no se casaba con cualquiera.

El hombre que estaba con ella, realizando ya el intercambio de anillos, era… ¡Ben Burke!

¡El pistolero que la había perseguido!

¡El asesino de su propio padre!

La sorpresa dejó tan paralizado a Norman, le heló de tal modo la sangre en las venas que ya no tuvo fuerzas ni para dar un paso.

Sólo su derecha se movió, aquella mano derecha que fue maquinalmente en busca del revólver.

Pero no llevaba ningún arma.

Uno no se casa con un Colt 45 al cinto.

Se dio cuenta entonces de aquella realidad inconcebible y brutal. Se dio cuenta entonces de que Ben Burke y Laura Caldwell ya eran marido y mujer.

No fue sólo eso. También notó otra cosa, pero ésta puramente física.

Una cosa redonda y dura se había clavado en su espalda.

—No te vuelvas, pichón —bisbiseó una voz a su lado—. Te estoy apuntando con un Derringer.

Él no se volvió, pero notó el aliento del otro. Lo tenía a su espalda. Le apuntaba de tal modo que sin duda la gente que estaba en torno a ellos no debía enterarse de nada.

—No armes camorra —dijo la voz—. Esto es una iglesia. Lárgate y no vuelvas si quieres seguir viviendo.

Los dientes de Norman rechinaron un instante, mientras musitaba:

—Es que no quiero seguir viviendo.

—Lárgate de aquí.

—Dispara, maldito… ¡Dispara!

El pistolero que estaba a su espalda no debía esperar aquella actitud. Su mano vaciló un momento.

Pero lo que hizo a continuación fue empujarle con el revólver de tal modo que le obligó a dar un traspiés. La gente que les rodeaba no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo. Sólo una mujer que estaba a su lado musitó en español:

—¡Menuda pareja de borrachos! ¿No ven que esto es una boda? Por favor, no molesten.

Norman se encontró fuera del templo, casi sin saber cómo. Vio entonces que dos hombres más le aguardaban allí. Eran algo así como dos guardias de Corps de Ben Burke.

—Acompáñanos.

—¿Por qué no disparáis? —susurró fríamente Norman—. ¿Qué os pasa? ¿Os da miedo apretar el gatillo?

Estaba tan asqueado de la vida que en este momento no le importaba morir. Sus ojos nublados apenas miraban a ninguna parte. Notó confusamente que un carromato parecido a una diligencia, se detenía a su lado.

—Sube.

—Dadme un revólver si vosotros no sabéis disparar. ¡Dadme un revólver y os demostraré para qué sirve, perros!

Lo que en realidad le dieron fue un terrible culatazo en la nuca. Norman no se dio cuenta de que uno de aquellos tipos se había situado a su espalda hasta que sintió aquel vivísimo dolor en el cráneo. Sus rodillas se doblaron y alguien le empujó entonces, hacia el interior del carruaje.

Todo aquello seguía siendo para él como una pesadilla. Lo único que ansiaba desesperadamente era morir. Pero un nuevo culatazo en la nuca borró definitivamente sus pensamientos.

Se dio cuenta, de una manera confusa, de que lo metían en la diligencia. Dos hombres se sentaron frente a él, apuntándole, y el

tercero subió al pescante. Mientras la sangre rodaba por su cuello, notó que lo sacaban de la ciudad.

Debían estar apenas a dos millas de Albuquerque cuando la diligencia se detuvo, de pronto. Uno de los dos hombres sentados frente a Norman dio a éste un empujón después de abrir la portezuela.

Norman rodó por la tierra seca y caliente.

Sus ojos seguían estando nublados. La sangre seguía resbalando por su cuello

—¡Fuego!

Desde la diligencia le tirotearon como si fuera un perro sarnoso. Tres balas fueron hacia él y atravesaron su cuerpo.

Norman no sintió dolor. Sólo notó una cosa densa y caliente en la garganta.

Se dio cuenta de que su propia sangre le estaba ahogando.

Con un soplo de voz, con las últimas fuerzas que le quedaban, barbotó:

—Hijos… de zorra.

Luego ya no sintió nada.

Era como si la arena seca penetrara en su boca.

Como si la tierra ya cubriera definitivamente su cuerpo…

CAPÍTULO VI
LA MUJER DE LAS PIERNAS BONITAS

ELLA había vuelto a sentarse y había vuelto a cruzar sus diabólicas piernas. Le miraba especulativamente, como si pensara: «¿Qué va a hacer éste ahora?» Pero Norman se dio cuenta de que había hielo en la mirada de aquella mujer, de que le miraba como miraría a un mueble de los del despacho.

El avanzó lentamente hacia una repisa que había cerca de la ventana. Tomó una pipa y se la mostró a Laura.

Ella musitó:

—¿Qué es esto?

—¿No lo ves?

—Yo sólo veo una pipa destrozada. Bueno, *era* una pipa. Ahora no es más que un pedazo de madera retorcido.

—Me la habían regalado en la diligencia que me llevaba a Albuquerque —susurró Norman—. Fue un obsequio de los hombres de la ruta, con los que durante tiempo compartí las mismas fatigas. Era el día de mi boda y se les ocurrió entregarme esto: sólida madera del Canadá. Una pipa pesada y maciza, una de esas pipas fabricadas para hombres capaces de estar fumando un día entero. Curiosamente fue eso lo que me salvó la vida. Yo la llevaba en un bolsillo, y de las tres balas una se estrelló en la cazoleta, que estaba reforzada con un pedazo de metal. Dos de los planos fueron a mi brazo izquierdo, pero el último estaba destinado a clavarse en mi corazón. Fue esto lo que lo evitó. Yo me di cuenta mucho más tarde, cuando recobré el conocimiento.

Los ojos de la mujer se habían nublado, un momento. Preguntó, con un soplo de voz:

—¿Tiraron a matar?

—¿Qué crees que pretendían los hombres de Ben Burke? ¿Darme recuerdos?

Laura no contestó, pero ahora latía la confusión en sus ojos quietos y helados. Ni aún mirándola fijamente, fue capaz Norman de saber lo que pensaba.

—¿Qué ocurrió luego? —musitó ella, al cabo de unos instantes de pesado silencio—, ¿Quién te recogió?

—Me recogió un vaquero que iba a su rancho, saliendo de la ciudad. Aquellos tres tipos me habían dado por muerto y ya no se preocuparon más de mí. Realmente, la mancha de sangre que tenía a la altura del corazón era como para ponerse a rezar mis funerales. La bala me había penetrado, después de destrozar la pipa, aunque ya no me hizo el daño que de otro modo me hubiera hecho. El mismo vaquero que me recogió creyó que estaba muerto. Sólo al doblarme como un fardo en la grupa de su caballo se dio cuenta de que aún respiraba.

—¿Adónde te llevó? ¿Qué hizo entonces contigo?

—Era un buen hombre y me transportó a su rancho. Según me dijo más tarde, pensaba que su trabajo consistiría en enterrarme cuando llegáramos allí. Su sorpresa fue enorme al darse cuenta de que aún vivía y de que la bala no me había atravesado el corazón de lleno.

Norman volvió a sentarse. Su mirada estaba clavada en el vacío y evitaba buscar el rostro de la mujer. Dejó los restos de la pipa y continuó con voz lenta:

—Por fortuna en el rancho había uno de esos hombres que sirven para todo, un vaquero que sabía extraer balas porque había sido algo así como cirujano de urgencia en las guerras contra los indios. Me sacó los plomos y todo lo que dijo fue: «Ha sido un trabajo inútil, porque morirá esta noche. Dadle todo el licor que pida y dejadle que reviente a gusto.» Él fue el primer sorprendido cuando se dio cuenta de que a la mañana siguiente me devoraba la fiebre, pero seguía respirando. Entonces creo que masculló: «Es una especie de milagro. Este tío lo aguanta todo. Que el diablo me meta en una caldera en compañía de mi suegra si yo no lo saco de ésta.» Y me cuidó durante día y noche, durante casi dos semanas, hasta que lo peor pasó. Mientras tú estabas de luna de miel con Ben Burke, yo me debatía entre la vida y la muerte. Al fin pude levantarme de la cama, pero estaba tan débil que sólo podía ir al otro lado de la habitación y sentarme en una silla. Los vaqueros me alimentaban con whisky y con una especie de zumo de hierbas. Yo creo que no podía tragar otra cosa.

Unió los dedos pensativamente. Laura seguía sin mirarle, y él al cabo de unos instantes, continuó:

—Trabajé en aquel rancho durante un año, sin salir para nada de los límites de las tierras. Al cabo de ese tiempo, cuando ya volvía a sentirme fuerte de nuevo, vine a Carson City como hubiera podido ir al fin del mundo. Lo mismo me importaba Nevada, que California que el propio infierno. En Carson City conocí al borracho Jeremy, que tenía una agencia de investigación privada y se dedicaba también a trámites legales de registro de minas. Era un tipo que cada mañana rezaba al Todopoderoso para que le permitiera realizar el sueño de su vida: ahogarse en un barril de whisky. Una especie de esponja como él y un tipo que deseaba olvidar como yo, formamos una buena combinación.

Al cabo de una semana ya nos habían metido en la cárcel a los dos, por borrachos. Más o menos por entonces heredé su agencia.

—¿Cómo la heredaste?

—Jeremy se ahogó.

—¿En un barril de whisky?

—No, en un abrevadero lleno de agua. Fue una lástima.

—¿Y tú continuaste con esto?

—Lo de «continuar» es un modo de decirlo. En realidad me seguí emborrachando. Entre las deudas del viejo Jeremy y las mías, pronto tuve empeñado hasta los forros de los bolsillos. Volvieron a meterme en la cárcel y al final amenazaron con echarme de la ciudad. Mañana, definitivamente, se cumplirá la amenaza. Tengo que largarme.

Laura volvía a tener aquella mueca desdeñosa en los labios. De pronto algo había cambiado en ella. Si por unos momentos pareció confusa, desorientada, ahora volvía a ser la chica altiva y orgullosa que entró en el despacho de un pesquisa muerto de hambre. Se acarició nuevamente una media, como si quisiera hacerle notar la perfección de sus piernas, y susurró:

—Óyeme bien, gandul: yo puedo sacarte del atolladero.

—¿Por qué has venido?

—Psh… En cierto modo ha sido una casualidad. Al llegar a Carson City he preguntado por un fulano que quisiera hacer un trabajo sucio, y me han señalado esta oficina.

—¿Un trabajo sucio?

—Sí. Una cosa que sólo aceptaría un muerto de hambre.

—Buscar a tu marido no es un trabajo tan sucio —susurró él—. Al contrario, lo haré con mucho gusto.

—¿Para matarle?

Norman no contestó. Sus ojos tenían un quieto fulgor metálico.

—No quiero que lo mates —bisbiseó Laura—, A mi marido lo quiero vivo.

—Es el trabajo más extraño que me han encargado en mi vida —dijo él—. ¿Pero por qué necesitas buscarlo? ¿Te abandonó?

—Al cabo de un año.

—¿Por otra mujer?

—Sí.

Ahora la sonrisa burlona flotó en los labios de Norman, pero fue sólo por unos segundos. Norman se había transformado en un hombre que ya jamás creería en nada ni se burlaría de nada. Ni siquiera deseaba reflexionar sobre el hecho de que Laura le encargara precisamente a él aquel trabajo. ¿Quizá no había encontrado a otro? ¿O tal vez deseaba hundirle de nuevo en el pozo de su desesperación, tal vez quería acabar

con la poca fe en la vida que aún le quedaba?

En todo caso aquello, para Norman, era como un desafío. Si ella le proponía aquel diabólico juego, él estaba dispuesto a seguirlo.

Susurró:

—¿Qué quieres hacer, si lo encuentro?

—Quiero que vuelva a vivir conmigo. Que se comporte como mi marido.

—¿Tanto le quieres?

Hubo como un temblor en la voz de Norman. Ella giró la cabeza y no le contestó.

—¿Tenéis hijos? —preguntó Norman suavemente.

—No.

—¿Dices que vive con otra mujer?

—S. Y ahí viene lo del trabajo sucia quiero que la mates.

Norman parpadeó un momento. Sus ojos volvieron a despedir aquel leve brillo metálico.

Dijo una sola palabra:

—Puerca.

—Nunca me habían dicho eso, Norman.

—Zorra.

No he venido aquí a que me insulten, pesquisa muerto de hambre.

—Cochina mujerzuela de burdel barato.

Ella apretó los labios. Por un momento pareció como si fuera a levantarse y a salir de allí.

Norman alzó levemente una mano.

—De todos modos acepto el trabajo —dijo—. Un cerdo como yo, por fuerza había de aceptarlo. Encontraré a Ben Burke y mataré a la mujer que vive con él. Sólo queda una cuestión.

—¿Qué cuestión?

—El precio.

Ella pestañeó. Por un momento pareció como si no hubiera pensado en un detalle tan importante.

—Te daré mil dólares —dijo al cabo de unos instantes, con un gesto de desprecio—. Por lo que me han dicho en la ciudad, mil dólares no los has ganado en tu cochina vida.

El negó con la cabeza.

—Cierto —susurró—, no los he ganado jamás, sobre todo, desde que me dedico a investigador privado. Pero da la casualidad de que no quiero dinero. El precio que pongo es otro.

—¿Cuál es?

—Tú.

Ella volvió a pestañear. Una sombra pasó por sus ojos.

—¿Qué quieres decir, Norman?

—Muy sencillo. Si encuentro a Ben Burke y mato a la mujer que está con él, tú serás mía. Sólo te pido una noche. Tú eres el precio. Cambio mil dólares por una mujerzuela. Creo que hago un mal negocio, pero da la casualidad de que la mujerzuela todavía me gusta.

Sus palabras eran despectivas, secas, cortantes. Cada una de ellas representaba como una bofetada en la cara de Laura.

Y Laura no contestó.

Había cerrado un momento los ojos.

Norman se había puesto en pie. Sus manos poderosas alzaron en vilo el cuerpo femenino. Ella notó que su cara estaba a la altura de la cara del hombre.

Contuvo la respiración.

Pensó, adivinó, que él iba a besarla.

¿Deseó tal vez aquel beso desde el fondo de su turbulenta historia? ¿Buscó aquella caricia que para siempre se le había negado, al casarse con Ben Burke?

Lo cierto fue que no retinó la cara. Lo cierto fue que admitió en silencio que Norman la besase.

Pero él no lo hizo.

Fue su último gesto de desprecio. Levantada en vilo como la tenía, la arrojó contra la pared y la hizo rodar por el suelo con las piernas al aire.

—Lástima —dijo luego, mientras se dirigía con indiferencia hacia la puerta—. En un saloon aún te ganarías la vida.

Y cerró de un portazo.

CAPÍTULO VII
LA CIUDAD POLVORIENTA

EN efecto, una nube de polvo amarillo se paseaba sobre las calles de la ciudad. La punta de ganado que la había provocado ya estaba lejos, pero el polvo seguía flotando y pegándose a las gargantas. Norman se puso el pañuelo sobre la boca y aconsejó a Laura, con un gesto, que hiciera lo misma

Ella ya no usaba su provocativo vestido de falda corta, sino unos pantalones vaqueros muy ceñidos y una blusa. Seguía siendo, no obstante, una mujer tentadora, una mujer que había hecho volver la cabeza a todos los hombres que la vieron pasar, hasta llegar a aquella ciudad del polvo amarilla

Norman miró el cartel que indicaba el nombre del lugar. Estaba medio desteñido por el sol, pero aún podía leerse: «Milane».

—Esto no es zona minera —dijo, a través del pañuelo—. Al contrario por aquí pasan las manadas que vienen desde California y se venden en Nevada. ¿Dices que Ben Burke estuvo aquí? ¿Dices que éste fue el último sitio donde lo viste?

—Sí.

Llevaban ya dos días juntos. Durante dos días apenas habían hablado, limitándose a avanzar hacia el sur, a recorrer aquellas tierras comidas por el sol, amarillas, quietas… Aquellas tierras, donde durante horas y horas no se veía un animal ni un hombre.

Él se retiró el pañuelo de la boca porque el polvo ya se había ido posando. Volvió a anudárselo al cuello y rozó como por descuido el revólver que llevaba al cinto.

—¿Crees que desde aquí encontraremos su pista? —murmuró—. ¿Por qué?

—Aquí aún viven amigos de Ben Burke. A mí no me dirán nada, pero a ti si.

—Amigos de Ben Burke… Tiene gracia.

—¿Por qué tiene gracia?

—Porque después de que hablen, los mataré.

Los ojos de Norman volvían a tener aquel brillo metálico. No había probado una gota de alcohol en dos días. Volvía a ser el guía que ella

conoció cuando trabajaba con Caldwall, el hombre incansable, duro, tenaz, que no soltaba jamás una presa después de clavar los dientes en ella.

Norman picó espuelas.

Milane era una típica ciudad ganadera, con dos saloons, un Banco, un hotel y grandes apartaderos para concentrar las reses. Su mercado tenía fama en bastantes millas a la redonda. Los pistoleros que cuidaban de las reses y armaban bronca por cualquier cosa, también tenían fama, pero por razones distintas.

Laura musitó:

—Vamos al hotel.

—¿Los amigos de Ben Burke están ahí?

—No lo sé, pero cuando él se marchó era el sitio donde solían reunirse.

Norman miró pensativamente el hotel. No sabía por qué, pero le recordaba aquel en que Caldwell fue muerto. El nombre que campeaba en el rótulo era optimista, sin embargo: «Los Borrachos».

—Descansaremos ahí —dijo ella.

—¿Descansar?

—Sí. Tengo dos habitaciones alquiladas por una noche.

El no acababa de entenderla

—¿Alquiladas? —murmuró.

—S; puse un telegrama anoche. ¿No ves los hilos del telégrafo? ¿No te das cuenta de que esta población está muy bien comunicada?

—Soy yo el que decide en qué sitios debemos descansar —gruñó él —. Y este sitio no me gusta.

—Tú no decides nada, Norman. Soy yo la que te ha contratado.

Norman sintió deseos de abofetearla, pero aquellos deseos los había venido reprimiendo durante dos días, de modo que se aguantó una vez más. Miró el hotel, y al final se encogió de hombros.

—Está bien —dijo—, descansaremos aquí. Pero si efectivamente hay amigos de Ben Burke, te juro que alguien más «descansará» también.

—No te he pedido que los mates, Norman. Y además no te conviene hacerte el chulo. Quizá sean más rápidos que tú.

Norman contuvo otra vez los deseos de abofetearla, pero cada vez le costaba más trabajo no partirle la boca.

Se aguantaba, porque él jamás había pegado a una mujer.

Pero quizá sería hora de aprender a hacerlo.

Descabalgaron ante el hotel y dejaron los caballos en manos de un empleado para que los llevara a la cuadra. Norman se dio cuenta, al entrar, de que aquello tenía un aspecto muy pacífico. Era distinguido, incluso. Parecía, no un hotel de vaqueros, sino un sitio apto para

ganaderos ricos de los que venían a Nevada a vender sus reses cebadas en California.

Hasta el empleado que los recibió vestía como un caballero. Se inclinó ante Laura.

—Buenos días —dijo la muchacha mientras se desanudaba el pañuelo del cuello—. Telegrafié anoche encargando dos habitaciones. Supongo que está todo a punto.

—Oh, claro que sí… Tengo las llaves ya separadas. El señor tiene la cinco y usted la ocho. ¿Ya cuidan de sus caballos?

—Sí —dijo Norman.

Le extrañaba un poco aquel ambiente tan selecto. No era el sitio donde uno esperaría encontrar a los hombres de Ben Burke, a menos que Ben Burke y sus compinches, en los dos últimos años, se hubieran transformado en unos caballeros.

Pero ésa era una cosa que él no sabía, y por lo tanto decidió callar. Tomó la llave que le tendían.

—¿Cenarán ustedes? —preguntó el empleado.

—No —dijo secamente Norman—, no tengo apetito. Sólo quiero una botella de whisky.

Laura le miró con reproche, porque eso significaba que Norman volvía a las andadas. Pero acabó encogiéndose de hombros y tomó también la llave de su habitación.

Subieron sin mirarse. Los dos cuartos estaban a cierta distancia uno del otro. Antes de que Norman entrara en el suyo, el empleado del hotel fue al bar y corrió con una botella de whisky de buena marca. Por lo visto, allí el servido era excelente. Se la tendió.

—Tome, señor.

Norman la destapó en la misma puerta y bebió un trago. Volvía a sentir una rabia sorda, una especie de deseo de morir. Luego empujó la puerta y fue a dejar la botella sobre la cama.

Pero no pudo.

Sus ojos se nublaron.

Alguien más estaba en la habitación. Norman entrecerró los ojos, mientras sus músculos sufrían una sacudida.

Vio la cara de la chica.

La cintura de la chica.

Las piernas de la chica.

Todo lo de la chica.

CAPÍTULO VIII
LA ÚLTIMA BELLEZA DE RANCHO CUNARD

ELLA se estaba vistiendo en aquel momento. Se metía por la cabeza una ceñida pieza negra, que apenas le entraba y que se ceñía como la propia piel a las espléndidas curvas de su cuerpo. Todo lo que llevaba era negro: la combinación, las medias… Hasta el collar que ceñía su cuello largo, fino y de una maravillosa blancura.

El joven quedó estupefacto. Encontrar allí un dragón de siete cabezas le hubiera sorprendido menos que tropezarse de narices a boca —o de piernas a caderas— con aquella suculenta mujer. Hizo un leve guiño y pensó lo que cualquiera hubiese pensado en sus circunstancias.

—Perdone, me he equivocado de habitación —dijo.

La chica terminó de ponerse el vestido. La visión enloquecedora de sus piernas desapareció poco a poco.

Norman iba a cerrar la puerta, desapareciendo. Ya había visto más de lo que debió ver.

Pero la voz de la chica le detuvo.

—¿Tú no te llamas Norman? —preguntó.

—Pues… sí, me llamo Norman.

—Te esperaba.

—¿Dice que me esperaba… a mí?

El joven no sabía cómo reaccionar. Por un momento tuvo la sensación de que la desconocida se burlaba de él, pero burlarse de él tampoco tenía lógica.

Ella se ajustó el vestido, tranquilamente.

—¿No sabes quién soy yo? —preguntó.

—No, no tengo ni idea. No recuerdo haberla visto jamás, señorita…

—Señorita Cunard. Me llamo Pamela Cunard.

—Ese nombre me suena —dijo Norman sin moverse de la puerta. Puesto que ahora la chica ya estaba vestida, no resultaba incorrecto quedarse allí.

—Mi padre es uno de los principales rancheros de la comarca. Es natural que el nombre te suene.

—En efecto, ahora lo recuerdo —dijo Norman, aunque sin comprender aún qué significaba todo aquello.

—Por lo tanto también recordarás —dijo ella, con desenvoltura— que hubo una sangrienta guerra de ranchos hace poco. Mejor dicho, todavía la hay, puesto que los choques armados se suceden unos a otros. La guerra contra mi padre la promueve Jerome Fox.

Norman cabeceó afirmativamente. Ahora lo recordaba todo muy bien, aunque el asunto no le afectaba de una manera directa. Jerome Fox era un ambicioso y un asesino, uno de esos tipos que se meriendan todas las tierras que tienen a su alcance. A base de liquidar a sus contrarios, por la vía rápida, se había quedado con varios canales de riego, y había que vivir en las tierras secas de Nevada para darse cuenta de lo que unos canales de riego significaban allí. Pudiendo cortar el paso del agua, le había sido fácil vencer a sus otros rivales, quedándose con los mejores ranchos en condiciones realmente leoninas. Sólo a última hora había tropezado con un hombre tan poderoso como él, un ranchero llamado Cunard.

Mientras él pensaba en todo aquello, Pamela se ajustó unos zapatos de alto tacón y musitó:

—La lucha entre Jerome Fox y mi padre ha sido sangrienta. Y la peor parte, en cierto modo, la ha llevado mi padre.

—Yo d decir que había liquidado a muchos pistoleros de Fox —susurró él—. Oí hablar de una verdadera matanza.

—Cierto… Los primeros combates fueron muy desfavorables para Fox, porque no basta con ser un granuja para vencer. Pero Fox atacó entonces a mi padre por su punto más vulnerable: sus tres hijas. ¿No oíste hablar de eso, mientras estabas en Carson City?

Norman hizo un gesto dubitativo. Recordaba que una noche le habían dicho algo, pero fue una noche en que estaba borracho como una cuba y no prestó demasiada atención. De todos modos fue algo horrible. Algo así como el asesinato de dos muchachas.

Pamela supo adivinar sus pensamientos. Se arregló un poco el pelo ante el tocador y susurró:

—El sistema que empleó fue el más miserable y rastrero. Asesinó a mis dos hermanas, e hizo saber a papá que me mataría a mí también si él no cedía. Pao papá es un viejo luchador, es un hombre de piedra. Pensó que el ceder significaba no poder vengar a mis dos hermanas, y, por lo tanto, dijo que no: que lucharía hasta el último palmo de terreno y hasta la última gota de sangre. Pero la respuesta significaba que yo estaba en peligro mortal y que en cualquier momento acabarían conmigo.

Norman no necesitó reflexionar demasiado para comprender que aquello era cierto. La preciosa muñeca que ahora tenía delante, era algo

así como una condenada a muerte.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —susurró.

—Papá quiere sacarme de aquí. Piensa enviarme a California lejos del alcance de ese tipo.

—Sigo sin entender qué tiene que ver eso conmigo.

Ella le miró sorprendida.

—¿No lo sabes? —susurró.

—No. Ni idea.

—Es extraño. Creí que te habían alquilado para que me acompañaras. Tú eres el pistolero que debe protegerme durante el viaje.

—¿Yo? ¿Y quién me ha contratado, si puede saberse?

—Laura habló con mi padre. Dijo que tú estabas conforme y que eras un pistolero de primera. Que podía dejarme tranquila en tus manos.

Norman tragó saliva con un gesto pausado y de pronto lo comprendió todo. Laura… ¡Laura! Siempre la condenada Laura. El hecho de que se hubiera encontrado en su habitación con aquella preciosa muñeca era otra de las combinaciones de la diabólica mujer.

¿Adónde quería ir a parar? ¿Qué pretendía con aquel encargo que él no había aceptado y del que no le habían hablado siquiera?

—¿Te han dicho que me encontrarías en esta habitación? —susurró.

—Sí. Me enviaron un telegrama anoche, diciéndome que estuviera preparada. Creo que vamos a emprender el viaje mañana mismo, ¿no?

—Cierto, mañana mismo, pero…

—¿Pero qué?

Él se mordió el labio inferior.

—Nada —dijo—. Nada.

Cerró la puerta y fue con paso decidido hacia la habitación de Laura.

Entró sin llamar.

Y, de pronto, pestañeó.

Era como para caerse muerto.

Todo lo contrario de la otra vez.

Si Pamela Cunard se estaba poniendo un vestido, Laura se lo estaba quitando.

Norman pensó: «Van a acabar por volverme loco. Esto ya es mala suerte…»

Porque la verdad era que tantas curvas empezaban a marearle de verdad. Laura le demostraba que seguía estando en su mejor forma, que era una belleza completa, avasalladora, una hembra capaz de parar en seco una estampida. Después de ver a Pamela y verla a ella, Norman pensó que no hubiera sabido con cuál quedarse. Pero lo que pensó también fue que si continuaba así, mirándola, empezaría a lanzar gritos.

Ella no se dio demasiada prisa en quitarse el vestido y ponerse

encima una bata.

Parecía disfrutar con el nerviosismo del hombre. Parecía decirle: «Hala, tasca el freno. Y revienta…»

El masculló:

—¿Qué juego es éste, Laura?

—No sé a qué juego te refieres.

—Al de Pamela Cunard.

—Ah, sí —dijo ella con indiferencia—. Pensé que no te vendría mal ganarte algún dinero extra.

—¿Algún dólar? ¿A cambio de qué?

—Supongo que ella misma te lo ha dicho: a cambio de acompañar a esa pobre muchacha. Cómo vamos a hacer más o menos el mismo camino, no te costará demasiado, y, en cambio, ella te pagara bien.

—Nadie ha dicho que yo vaya a aceptar esa oferta —dijo roncamente él.

—¿Ah, no?

—¡No!

—Pensé que te parecería bien y por eso mismo ni te lo dije —soltó ella con su indiferencia habitual—. Te molestará poco, te lo aseguro. Ahora mismo le darán otra habitación y aguardará hasta que sigamos el viaje, mañana.

—¡Maldita sea! ¡Yo no te pido explicaciones, Laura! ¡Sólo te digo que el asunto no me interesa, porque ya tengo bastante con una mujer! ¡Y además esa chica está amenazada de muerte por los cochinos sicarios de Jerome Fox!

—Sí, eso es cierto. ¿Por qué crees, si no, que necesita un protector que la acompañe hasta California?

—La atacarán en bandadas. La atacarán como lobos hambrientos. Ella necesita un pistolero de primera.

—Cierto.

—¿Y quién te ha dicho que yo lo sea?

—Siempre has tirado bien, Norman.

—Eso era en otro tiempo. Ahora no soy más que un indeseable, un hombre gastado, un borracho. Si tengo que empuñar el revólver, me temblará la mano. Tú no sabes con quién te estás jugando el dinero, muñeca.

Ella se encogió de hombros nuevamente. Aquella indiferencia de que hada gala volvía loco a Norman. Mientras se abrochaba cuidadosamente la bata, murmuró:

—Quizá te he valorado en exceso. Norman, pero de todos modos ya es tarde para rectificar. La chica está aquí y hay que acompañarla. Además te pagará por adelantado, no temas.

El perdió el control de sus nervios. Levantó la derecha, porque ya estaba harto. Fue a abofetear a Laura.

Sería la primera vez que pegase a una mujer, pero ya no podía más. Quizá Laura, después de todo, estaba necesitando un buen guantazo.

Su derecha cortó el aire.

Y, de repente, quedó detenida en seco. De repente aquella voz dijo a su espalda:

—Pégale, buitre. O, mejor dicho, abrázala. Júntate mucho a ella. As podremos mataros a los dos con la misma bala…

CAPÍTULO IX
LOS PRIMEROS SICARIOS

NORMAN acababa de oír a su espalda aquella voz, pero también el ruido de varios pasos. Se dio cuenta de que sus enemigos eran dos al menos y también de que iban a disparar. El tono de las palabras que acababa de escuchar no admitía dudas.

Comprobó con una ojeada, que Laura estaba mortalmente pálida. Sin duda, la aparición de aquellos esbirros en la puerta de la mujer indicó que debía verlos dispuestos a disparar, pues ella los tenía de cara, al contrario que Norman.

Este no se inmutó.

Ahora, el que de repente estaba tranquilo era él. Arqueó suavemente la mano derecha y la alzó un poco.

Sin volverse preguntó:

—¿Quiénes sois?

Oyó una risita lenta.

—Eso lo sabrás en el otro barrio, muchacho —dijo una voz.

—En el otro barrio uno se entera de todo.

Eran dos voces distintas. El sitio de donde llegaban bastó a Norman para situar a sus dos enemigos como si los estuviera viendo.

Repitió con las manos levemente alzadas, como si no pensara hacer ni un gesto de defensa:

—¿Quiénes sois?

—Somos profesionales. ¿No te basta?

—¿Y quién os paga?

—Jerome Fox.

Norman ya tuvo bastante. Sabía que acababa de llegar el último minuto de su vida, si no se movía con la suficiente rapidez.

—No os esperaba tan pronto —dijo—. Os habéis dado mucha prisa…

Nadie le contestó. Una de las voces dijo a su espalda, secamente:

—No perdamos más tiempo con él. Ni con la mujer.

Flotaba una extraña sonrisa en los labios de Norman.

Era como en los buenos tiempos.

Matar o morir. Hacer que todo dependiera de una décima de segundo…

—Sí —susurró—, no perdamos tiempo.

Y se volvió como un rayo.

Fue algo tan violento, tan insospechado que ninguno de sus dos enemigos pudo preverla Creían tenerlo seguro y estaban relajados, tranquilos, con los revólveres en las manos. No necesitaban esforzarse para hacer aquel trabajo rutinario y asquerosamente fácil.

Y, de pronto, todo se complicó.

Fue como un chispazo.

Norman había bajado la derecha en fracciones de segundo mientras giraba hacia el lado opuesto. Disparó por debajo del codo izquierdo cuando parecía que aún no había podido tener tiempo para sacar el Colt de la funda.

Era como si estuviese viendo a sus dos enemigos. Sólo con oírlos hablar los había situado de tal modo, que sus balas fueron milimétricamente al encuentro de sus cabezas ya en el momento de girarse.

Los dos sicarios alzaron sus armas.

Fue todo lo que pudieron hacer.

No comprendían cómo aquel diablo, situado de espaldas, podía volverse y disparar de aquel modo, igual que si los hubiera estado viendo desde el prima momento.

Las balas se hundieron en sus frentes. Los dos hicieron un mismo gesto de estupor, y cayeron a tiara.

Sólo uno de los dos pudo disparar. Hundió la bala en el suelo, muy cerca de los pies de Laura.

Esta lanzó un gemido.

Norman había soplado tranquilamente en el cañón del revólver. Diríase que nada de aquello le afectaba. Sus ojos, entornados, se clavaron en los dos muertos.

—Unos sucios profesionales —dijo—. Al fin y al cabo unos sucios profesionales como yo.

Y guardando el revólver mascullo:

—En el fondo tenías razón, Laura. El asunto me gusta…

Pasó por encima de los dos muertos, saliendo tranquilamente de la habitación.

Ella bisbiseó:

—Pero…

Norman no la oyó.

Había ido a su habitación en busca de la botella. De repente, se daba cuenta de que volvía a necesitar un trago.

Y como todo el viaje era a base de gastos pagados, tenía que aprovechar la ganga.

CAPÍTULO X
DOS BELLEZAS PARA UN CONDENADO

NORMAN se rascó pensativamente la nuca, mientras echaba el sombrero hacia delante, y pensó:

«Jamás me había visto en una situación parecida.»

En efecto, era un condenado a muerte y él no lo sabía. No iba a poder luchar contra la banda de Ben Burke y al mismo tiempo contra la banda de Jerome Fox. Aun haciendo cálculos muy optimistas, estaba seguro de que no iba a vivir más allá de una semana.

Y, sin embargo… ¡estaba en compañía de dos mujeres estupendas!

¡Dos mujeres por las que cualquiera hubiese deseado vivir!

Cuando las miró aquella mañana, las dos con sus ceñidas ropas vaqueras, las dos con sus «delanteras» tan bien marcadas, las dos con sus tentadoras líneas perfiladas a la luz, sintió que su espina dorsal era recorrida por una especie de escalofrío.

Cualquiera hubiese pensado: «Menuda suerte tiene este tío.»

Y, en cambio, Norman pensaba todo lo contrario: «Ahora que estoy en compañía de dos señoras estupendas, vienen unos cuantos pistoleros y me dejan seco…»

Se encajó bien el sombrero de nuevo e hizo un gesto para que emprendieran la marcha.

Iban hacia el sur, hacia la dorada California, pero aún les quedaban muchas millas de la seca Nevada por recorrer.

—Andando —dijo—. Mejor será que recorramos una buena distancia antes de que pique fuerte el sol.

Pamela Cunard situó el caballo a su lado. Le sonrió agradablemente.

—Celebro que no se equivocaran al elegirte —dijo—. Eres un pistolero de primera clase.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué te fundas, nena?

—Vi que sacaban dos muertos del hotel. Los reconocí sólo verlos.

—¡Vaya! Y eso que tenían mal aspecto…

—Eran dos de los que habían asesinado a algunos vaqueros de mi padre. Estaban considerados entre los mejores pistoleros de Jerome Fox.

—No lo creas. No eran demasiado buenos.

—Quizá el que resulta demasiado bueno eres tú, y no quieres

reconocerlo. Sólo un auténtico campeón hubiera podido matar a aquellos dos asesinos con tanta facilidad.

—¿Y quién te dice que fue fácil?

—Oí los disparos. Sólo necesitaste dos plomos.

Norman se rascó de nuevo la nuca mientras pensaba: «Estas niñas de buena casa lo confunden todo…»

—Les acerté por casualidad —dijo—. Un poco más y me llevo por delante la puerta sin hacerles el menor daño. Lo que pasa es que los muy idiotas se pusieron delante de mi revólver y no se movieron cuando yo disparé. Eso fue todo.

—No trates de quitarle mérito, Norman. Escribí anoche una carta a mi padre y le dije que podía estar muy tranquilo mientras tú cuidaras de mí.

—Creo que estás confundida, nena. Tú no sabes el miedo que pasé cuando oí las voces de aquellos tipos,

Y se alejó un poco de la chica, situándose delante como si quisiera marcar el camino. Le molestaba estar con una muchacha tan estupenda sabiendo que al cabo de pocos días, tal vez al cabo de pocas horas, tendría que reventar cosido a balazos.

Así anduvieron durante varias millas, hasta que el calor empezó a hacerse sofocante. Descansaron entonces a la sombra de un bosquecillo y reanudaron el viaje al anochecer.

Iban siempre hacia el sur y tenían la sensación de que nadie les seguía. En apariencia, habían dado esquinazo a la banda de Jerome Fox.

Pero norman no se hacía ilusiones. Los dos hombres muertos que había dejado atrás, eran una pista demasiado segura, y además todo el mundo le había visto salir rumbo sur en compañía de las dos mujeres. Jerome Fox podía desplegar sus pistoleras y tenderle una emboscada donde quisiese.

Por eso sus ojos estaban alerta.

Por eso oteaba el horizonte, buscando cualquier señal de peligro, pero había de reconocer que sus presentimientos no se cumplían y que, de momento, las cosas iban viento en popa.

Por la noche llegaron a Wilbledon.

La población era importante y estaba en el centro de la ruta que llevaba a California, razón por la cual tenía buenos hoteles y buenos saloons. Fue Pamela Cunard la que eligió uno de aquellos hoteles, señalándolo con un movimiento de cabeza.

—Una vez estuve aquí, con mi padre —dijo—. Es un buen sitia

Norman la miró, extrañado.

—¿Pretendes que nos alojemos aquí? —preguntó.

—Sí, claro; ya te he dicho que es un buen sitio.

—Pero me parece muy caro. Conozco también este hotel y en él sólo

paran personas muy distinguidas.

Pamela Cunard rió.

—¿Y yo no soy una persona distinguida? —dijo—. ¿Tú sabes quién soy yo, amigo?

Norman fue a decir

"Claro que lo sé: una tía estupenda."

Pero se calló, porque él no era allí más que un guardaespaldas. Su único gesto consistió en encogerse de hombros con una sonrisa.

—Soy una de las herederas más ricas de Nevada —dijo ella—, y por lo tanto me hospedo en los mejores sitios. Además yo lo pago todo, ¿no?

Palpitaba un oscuro orgullo en su voz. Como si le recordara a Norman que ella era tan rica que podía hacer lo que le viniese en gana.

Norman volvió a encogerse de hombros y entraron en el hotel. Este, en efecto, era mucho mejor que cualquier otro de los que se encontraban en la ruta. Cada uno de ellos tuvo una habitación excelente, y antes de cenar se dieron un baño.

Cualquiera que hubiese visto a Norman habría podido pensar: «Menuda vida se está pegando ese tío.»

Dos mujeres, un buen hotel, una bañera con agua perfumada…

Pero una profunda arruga partía en dos la frente del joven pistolero. Se daba cuenta de que los hombres de Jerome Fox no dejarían escapar una presa tan importante como era Pamela Cunard, y, sin duda, harían algo tarde o temprano. Lo extraño era que no lo hubiesen hecho ya.

Pamela Cunard, que se cubría con una bata casi transparente bajo la cual destacaban sus poderosas formas, fue a buscar a Norman a su habitación.

—He encargado la cena —dijo.

—Estupendo —dijo él—. Entonces cámbiate y bajaremos al comedor.

—¿Cambiarme? —susurró ella—, ¿Para qué? La cena nos la servirán en mi habitación. Yo puedo permitirme el lujo de tener servicio privado.

Y antes de que Norman pudiera oponer el menor reparo, añadió:

—Estás invitado, junto con Laura. Creo que después de un día tan fatigoso como el de hoy nos merecemos los tres una pequeña fiesta. He encargado hasta champán fresco.

Hacía años que Norman no bebía champán. El sólo se emborrachaba con whisky barato.

—No necesitaré beber —susurró—. Para marearme, bastará con que sigas llevando esa bata.

Ella rió.

Tenía una risa golosa, ávida de vivir. Era una risa quizá un poco insolente, pero que infundía optimismo y, al propio tiempo, despertaba los más oscuros deseos de los hombres.

Cuando Norman se dio cuenta de que Laura llevaba una bata parecida, empezó a marearse de verdad. La verdad era que no había imaginado nunca que iba a encontrarse con dos mujeres tan estupendas, tan apetitosas, en una habitación cerrada. El dueño del hotel le miró con envidia, mientras, sin duda, pensaba: «Esto es vida, tío cerdo…»

La cena transcurrió en silencio por parte de Laura y de Norman, aunque Pamela se hartó de hacer comentarios alegres. Era una de esas chicas por las cuales las penas resbalaban sin causarles daño. La trágica muerte de sus hermanas, ya parecía haberla olvidado por completo, como parecía haber olvidado por completo también que ella misma estaba en peligro.

Cuando llegó la hora del champán, dos camareros entraron en la habitación. Allí el servicio demostraba ser excelente. Uno traía una bandeja con dos botellas de champán fresco —mantenido durante semanas en el fondo de un pozo— mientras el segundo era portador de otra bandeja con tres copas de plata.

No podía pedir más.

Norman mismo llegó a olvidarse de que cumplía una misión peligrosa, una misión que iba a costarle la piel.

Musitó:

—Yo mismo descorcharé una botella. Nunca he descorchado ninguna y habrá que aprender…

El primero de los camareros depositó la bandeja sobre la mesa.

Y entonces las cosas cambiaron. Fue todo como un relampagueo.

Norman, que tan rápido había sido siempre, se vio sorprendido esta vez por la velocidad fulgurante de los acontecimientos.

Debajo de la bandeja, el camarero llevaba un pequeño Derringer de dos cañones.

Al depositarla en la mesa, sólo tuvo que retirar la mano para que el arma apareciese. No perdió con ella ni una décima de segundo.

Se había situado frente a Norman, de modo que no tenía que hacer ningún esfuerzo para apuntarle. Le encañonó con un movimiento frenético, tan rápido que fue casi imposible seguirlo con los ojos, e hizo fuego.

Nadie hubiera podido salvarse en aquellas condiciones. El asesinato fue planeado a la perfección.

Pero no llegó a ultimarse. Norman era zorro viejo y estaba alerta a todos los detalles. Fue eso lo que le salvó.

Había notado que el falso camarero, al depositar la bandeja en la mesa, producía un chirrido metálico. Eso indicaba que la bandeja, al resbalar, no rozaba con la mano sino con un objeto metálico.

Semejante pensamiento fue como un chispazo. La verdad fue que Norman, aun dándose cuenta de que allí había un peligro oculto, no fue

capaz de reaccionar plenamente porque no tuvo tiempo.

Pero tampoco los acontecimientos le desbordaron. Cuando el otro disparó, él ya se había ladeado sobre la silla.

La bala le rozó sólo el hombro derecho. Se le llevó parte de la tela de la camisa y se hundió en la puerta.

El otro disparó de nuevo.

Había un segundo plomo en el cañón duplicado del Derringer, y lo utilizó enseguida. Pero ya era demasiado tarde para sorprender a Norman, que había pasado a la acción.

Volcó la mesa con los pies, en una contracción meteórica.

La bandeja voló por los aires.

Y los platos.

Y la misma mesa. Y las dos chicas, cuyas batas se abrieron más de lo que convenía, mientras ambas lanzaban un gritito.

Norman disparó desde su cintura.

No había descuidado el revólver ni un momento. Lo llevaba tan bien colocado como si fuera a un desafío, en lugar de ir a una cena con dos preciosidades. Mientras él mismo caía hacia atrás, disparó apoyando el Colt en la cadera.

El hombre del Derringer dio un terrible salto. Pareció como si quisiera colgarse absurdamente de la lámpara, en un prodigio de vitalidad. Dio la sensación de que la bala no le había alcanzado.

Pero en realidad una mancha roja estaba apareciendo ya en su cuello. Bruscamente, todo su cuerpo se arrugó. El pistolero se estrelló contra la mesa mientras lanzaba un alarido.

Todo seguía ocurriendo con una velocidad meteórica, alucinante. Las dos mujeres, caídas en el suelo, no tenían tiempo de reaccionar.

Pero el segundo camarero, el compañero del frustrado asesino, sí que reaccionó. Bajo la bandeja ocultaba no un Derringer, sino algo que en aquel momento resultó más eficaz: un cuchillo.

Lo puso en la garganta de Pamela Cunard.

Su movimiento había sido fulminante. Ahora sí que Norman no tuvo tiempo de preverla

Tal vez hubiera podido disparar contra aquel tipo a riesgo de perforar la cabeza de Pamela Era una aventura que no podía correr, y por eso permaneció unos instantes quieto, mientras sus dientes chirriaban y él respiraba ansiosamente.

La hoja de acero casi penetraba en el cuello de Pamela Cunard. Esta tenía los ojos desencajados. El miedo le impedía incluso chillar.

Norman pensó: «Ahora la va a degollar delante de mis ojos. Ese buitre la va a…»

Echó la cabeza hacia atrás. No hubiera podido resistirlo. Pero el sicario no apretó el cuchillo, sino que prefirió asegurarse. Mientras

sujetaba por el pelo a Pamela para que ésta no pudiera moverse, barbotó:

—Suelta el revólver. Suelta tu Colt o la degüello aquí misma

Norman sabía que la degollarían igualmente. Pamela Cunard era una pieza a la que querían atrapar desde hada tiempo y no la dejarían escapar, ahora.

Pero no podía arriesgarse a desobedecer, de modo que soltó el revólver poco a poco.

Los ojos del asesino brillaron.

Movió el cuchillo hacia atrás, produciendo ya un hilo de sangre en el cuello de la muchacha.

—Lo siento por ti, perro —dijo—. Podré arrojar el cadáver de Pamela Cunard por la ventana y luego divertirme con esa otra…

«Esa otra» era Laura.

Laura tenía los ojos desencajados.

Desde el suelo miraba a aquel sudo asesino como si no pudiera creerlo, como si todo aquello le pareciera una pesadilla.

Los ojos del esbirro fueron hacia ella.

Hacia sus curvas.

Como si ya disfrutara de antemano con la posesión de aquella hembra que no se le podría escapar.

Fue un error.

Uno no puede distraerse con las mujeres cuando tiene delante una fiera dispuesta a todo, como en aquel memento era Norman.

Este se dio cuenta de que su enemigo acababa de desviar la mirada. Fue también como un relampagueo.

Lanzó lo que más a mano tenía; un pedazo de una de las botellas de champán, que se había roto. El golpe fue certero y las aristas de vidrio hirieron a su enemigo en uno ojo.

Eso le desorientó unos instantes.

Lanzó un leve gruñido.

Hubiera podido hundir la hoja de acero en el cuello de Pamela, pero durante unos segundos sólo pensó en el dolor que sentía. Miró hacia Norman.

Este ya volaba hacia su revólver. Su cuerpo resbaló por el suelo meteóricamente. Sujetó con dos dedos el Colt

Parecía imposible que pudiera no ya apuntar, sino tan siquiera disparar.

Sin embargo, su bala fue certera, implacable. Se oyó un grito de terror.

Curiosamente, aquel grito de terror partió de la garganta de Pamela Cunard.

El hombre que le ponía el cuchillo en la garganta no había tenido tiempo ni de gritar. La bala de Norman le acababa de atravesar un pómulo, y la sangre estaba saltando hacia la cara de Pamela.

Fue eso lo que hizo gritar de miedo y de asco a la muchacha. Pero en realidad no le ocurrió nada. El muerto acababa de soltar el cuchillo y resbalaba a su espalda como un fardo.

Norman se puso en pie.

Las dos mujeres le miraban asombradas.

Aún no podían creer aquello. Miraban los dos cadáveres como si se tratara de una alucinación.

Norman mascultó:

—Ya me extrañaba tanta calma… Sabía que esos cerdos intentarían algún golpe,

Pamela Cunard se frotó el cuello como si aún no pudiera creer que lo tenía intacto. Se estremeció cuando sus dedos rozaron la sangre del otro.

—Creo que… que debo darte las gracias, Norman —bisbiseó—. Me has salvado la vida…

Él no contestó. Ni siquiera pareció haber escuchado las palabras de la hermosa heredera.

—Lástima de champán —fue todo lo que se le ocurrió decir—. Se han roto las dos botellas, con lo bueno que parecía…

CAPÍTULO XI
«ESA MUCHACHA TE ADMIRA…»

NORMAN ensilló los caballos. Quería hacerlo él mismo porque ya no se fiaba de nadie, en el hotel.

El dueño le había asegurado la noche anterior, después de ver a los dos muertos, que él no conocía a aquellos hombres. Y debía ser verdad, porque los auténticos camareros aparecieron desnudos y acuchillados en uno de los cuartos de servicio. Aquellos dos esbirros no habían tenido escrúpulos a la hora de actuar.

Pero aun así Norman no se fiaba.

Incluso contando con la buena fe del dueño del hotel, sabía que la trampa podía repetirse en cualquier momento.

Miró a través de una de las ventanas de la cuadra, magníficamente ventilada, y vio que el día estaba algo nublado. Mejor, porque así podrían avanzar hacia el sur, sin el agobio del calor. Terminó de sujetar las cinchas de uno de los animales y en ese momento oyó un ruido a su espalda.

Se volvió mientras hacía oscilar la derecha de modo que pudiera sujetar el revólver.

Pero no había ningún motivo de alarma. Era Pamela Cunard la que estaba tras él.

Pamela Cunard, vestida nuevamente de amazona, pero con el escote muy abierto. Mostraba generosamente bastantes cosas que podían marear incluso a su caballo. Pero Norman sólo se fijó en que la chica respiraba agitadamente, y se dio cuenta también de que el ritmo de aquella respiración ponía al descubierto una ansiedad secreta.

Ella bisbiseó:

—Te fuiste enseguida anoche, Norman.

—¿De verdad me fui enseguida? —murmuró él riendo, como sin dar importancia a la pregunta—. Bueno, tal vez… Tenía que avisar al dueño del hotel y ver si había nuevos peligros.

—No me dejaste ni… ni darte las gracias.

—No tenías por qué dármelas. Mi cochino trabajo consiste en protegerte y lo hago lo mejor que puedo.

—¿Por qué le llamas «cochino trabajo»?

—Porque lo es. Al fin y al cabo, no soy más que una especie de matarife alquilado por horas. Ah… Había otra razón para que te dejase sola tenías que limpiarte la sangre.

Ella se pasó delicadamente las dos manos por la cara, como si aún viviera aquel minuto de horror.

—No sé ni cómo me salvaste, Norman —susurró.

—Te confieso que yo tampoco lo sé. Además, tenía tanto miedo que ya casi no me acuerdo ni de lo que pasó.

—¿Por qué dices a veces que tienes miedo Norman, si en realidad el miedo no lo has conocido nunca?

—¿Y tú qué sabes, muñeca? Ahora mismo estoy que tiemblo.

—¿Por qué?

—No me gusta estar a solas con las mujeres bonitas.

La respiración de la muchacha se hizo más agitada, más intensa.

De pronto, aquellas palabras parecían haber centrado sus sentimientos, parecían haberle revelado el secreto de lo que ella quería decir, sin atreverse a hacerlo.

Murmuró:

—No me dejaste que te diera las gracias, Norman. Ni siquiera eso.

—Ya te he dicho que trabajo para ti y que no tienes que dármelas.

Y de pronto añadió, casi encaramándose sobre las puntas de sus pies y dejando que sus labios temblaran ya sin disimulos:

—¿Cuánto tiempo hace que no besas a una mujer, Norman?

El desvió un memento la mirada.

En sus ojos apareció una chispita cruel, una chispita que no era sincera, pero que produjo el efecto deseado en la muchacha.

—Eso no te importa, muñeca.

—Perdona, yo creí que… En fin, sé que no tengo ningún derecho a preguntártela

—Hum… Además es una pregunta tonta. Justamente anoche, después de aquella «fiesta» estuve besando a una.

—¿Qué… qué dices?

—Me lié con una bailarina de un saloon. Una chica estupenda y bastante llenita, de las que a mí me gustan.

Ella estaba desconcertada porque no esperaba aquella crudeza.

Le minó como si creyera estar hablando con un desconocido, con un hombre distinto del que había tratado hasta entonces.

—No creí que ni fueras de esos que… que… —susurró.

Norman se encogió de hombros.

—Luego me la llevé a mi habitación —dijo—. Hum… Una chica complaciente donde las haya. Una maravilla. Por eso quizá esté algo cansado esta mañana, ¿sabes?

Los párpados de la chica temblaban.

Aquella crudeza la hería en lo más hondo. Y cuando vio que, encima, Norman se volvía de espaldas y no le hada el menor caso, para dedicarse sólo a la tarea de ensillar otro caballo, apretó los puños y gimió:

—¡Eres un indeseable! ¡Un mujeriego! ¡Un cerdo! ¡Un… un… un…!

—¿Pues qué esperabas? —preguntó él—. Tu padre necesitaba un asesino y nada más que un asesino. ¿Crees que, encima, tenía que ser un caballero?

El gemido de la muchacha se repitió. Norman oyó su brusco taconeo cuando daba media vuelta y salía de la cuadra.

Se encogió de hombros otra vez, como si todo aquello le importara menos que una moneda rota. Pero sí que le importaba. Todo aquello le hada daño.

Si a Norman llegan a darle en aquel momento un puntapié entre las piernas, no lo hubiera notado siquiera. Estaba ya que echaba humo…

* * *

—Alto. Creo que podemos descansar aquí.

En su camino hacia el sur, los tres jinetes acababan de encontrar un riachuelo que pasaba entre los árboles. Era un lugar estupendo y además situado a cierta altura, lo que les permitía vigilar a cualquiera que se acercase. Pamela, que no había despegado los labios en todo el camino, preguntó ahora si podía desnudarse para darse un baño.

—Eso es cuestión tuya —dijo Norman—. Nadie te lo va a impedir.

—Iré detrás de aquellos árboles. En caso de que haya algún peligro, bastará con que gritéis.

—De acuerdo. Cuando la muchacha hubo desaparecido, Norman se quitó la camisa y mostró su pecho de atleta, aquel pecho que parecía moldeado a golpes en un ring. Los músculos se marcaban poderosos bajo la piel tensa. Fue hacia el agua, se remojó un poco con las manos y luego se volvió para que le secara el propio sol.

Fue entonces cuando se encontró con la mirada de Laura.

Era una mirada un poco turbia.

Los ojos de la muja que estuvo a punto de casarse con él parecían contemplarle desde más allá del tiempo.

—Has hecho mal, Norman —dijo Laura, con voz queda.

—¿Queeé…?

—Has hecho mal.

—No sé a qué demonios te refieres, Laura.

—Pasaba esta mañana junto a la cuadra cuando tú y Pamela hablabais. He escuchado sin querer.

—Todas las cosas que se hacen sin querer son muy femeninas.

—Norman, has sido muy duro con ella.

—¿Y a ti qué te importa?

—Me importan las mentiras. Según qué mentiras, hacen daño.

—No sé a qué te refieres, preciosa.

El la trataba con indiferencia, casi con desdén. Los ojos de Laura seguían estando turbios y habían en ellos como una expresión de pena.

—No estuviste anoche con ninguna bailarina, Norman —murmuró—. No besaste a ninguna chica.

—¿Y tú qué sabes?

—Te conozco demasiado bien.

—¿Acaso me vigilabas?

Ella no contestó.

Estaba claro. Le había vigilado. Su silencio era, más que una respuesta, una confesión.

—No me gusta que lo hagas —susurró Norman—, Nadie tiene por qué meterse en mi vida.

—Yo sólo digo que…

—Es lógico que a un borracho como yo le gusten además las mujeres. ¿O no te parece bien?

Ella bisbiseó:

—Te lo suplico. No la vuelvas a herir de ese modo, y menos con una mentira.

—¿Y por qué no?

—Ella está ilusionada contigo.

Norman se estremeció. Sintió frío a flor de piel. Había pensado ya en aquello y no le gustaba ni pizca que Laura se lo confirmase. Precisamente al pensarlo había decidido dar aquel chasco a Pamela Cunard, para que no insistiese.

—Creo que se está enamorando de ti —susurró Laura—, Una mujer nota esas cosas: un par de días más y te habrás convertido en su ídolo.

—Vete al infierno.

—Ella te conviene, Norman. Es una rica heredera, y, en estos momentos, hija única.

—¡He dicho que te vayas al infierno!

—Norman, yo sólo pretendo…

—¡Vete! ¡Me das asco!

Ella volvió la espalda poco a poco. En sus pupilas hubo como un brillo delator de lágrimas.

Pero no dijo una palabra más. No protestó tampoco. Lentamente se esfumó como una sombra.

Cuando Pamela Cunard regresó poco después, encontró a Norman

sola Le dirigió una sonrisa y musitó:

—¿Quieres ayudarme a abrochar la blusa? Se abrocha por la espalda.

Norman no la miró siquiera. Se encogió de hombros y masculló:

—Lo siento, pero no puedo. Me he hecho cisco un dedo al destapar una botella…

CAPÍTULO XII
LAS VIEJAS HUELLAS

HABÍA estado lloviznando durante un día entero, obligándoles a usar los largos impermeables amarillos que les llegaban hasta los pies y servían también, en parte, para cubrir los caballos. El viento llegaba ahora de las Rocosas y hacía fría Los caminos que recorrían estaban desiertos y parecían no llevar a ninguna parte, ante la sensación de soledad que inspiraban.

Norman no necesitaba consultar ningún plano. Conocía aquello muy bien y además parecía sentir impaciencia por llegar a un sitio concreto. Laura sabía cuál, pero no hizo ningún comentario.

A la mañana siguiente descubrieron aquel sitio.

Era un pantano.

Un camino secundario llevaba hasta él. Daba la sensación de que durante años y años nadie se había acercado allí. Los cañaverales lo cubrían todo, y docenas de ruidos furtivos llenaban el aire.

Era una vida viscosa y pestilente la que se desarrollaba en aquel sitio.

Esa vida misteriosa de los pantanos, donde acecha la muerte.

Norman detuvo su caballa

Tenía los ojos quietos en un punto imprecisable. Sus pensamientos parecían hallarse muy lejos de allí.

Notó que otro caballo se detenía a su espalda.

Se volvió apenas. La sensación de soledad se había roto. Alzó un poco la derecha y suspiró:

—¿Qué quieres, Laura?

—He visto que tomabas este camino y he venido, también. Pero en realidad no quiero nada.

—¿Dónde está Pamela?

—Vigila a la entrada del sendero por si se acerca alguien. Poco a poco va aprendiendo.

—Sí… Terminará siendo una auténtica mujer del Oeste si los millones no se le suben a la cabeza.

—¿Por qué la desprecias, Norman?

—Nadie ha dicho que la desprecie. Y, por favor, no volvamos a

hablar de eso.

—A la que de veras desprecias es a mí, ¿verdad?

Norman no contestó.

Evitaba incluso mirarla. Estaba claro que para ella Laura era poco menos que una víbora.

Y, sin embargo, la actitud de la mujer había cambiado. De aquel tono despectivo que adoptó en Carson City ya no quedaba nada. Por el contrario, ahora se mostraba humilde, más humilde cada vez, y se notaba que hubiera querido complacer los menores deseos de Norman.

Este dijo secamente:

—Vete.

—¿En qué piensas? —murmuró ella, sin obedecerle esta vez—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Nadie pude ayudarme en nada. Y si te digo lo que pienso vas a echarte a reír. Me estaba acordando de un pantano semejante a éste, un pantano situado en Nuevo México y donde se perdió la pista de Ben Burke después del robo de los ciento cincuenta mil dólares.

—En efecto, el sitio donde en teoría debió hundirse el carromato.

—Justo. Pero yo no creo ahora que las cosas fuesen tan fáciles.

Ella no contestó. Parecía estar también hundida en sus pensamientos. Sólo al cabo de unos minutos de denso silencio, murmuró:

—Aquel pantano está a mucha distancia. Nada tiene que ver en teoría con éste. Y sin embargo…

—… ¿Y sin embargo, qué?

Él se había vuelto a mirarla Notaba que en Laura había algo distinto esta vez. La hermosa mujer pensaba algo que se resistía a decirle:

—Ben Burke se trasladó luego a California y Nevada —dijo al fin ella —. Imagina si lo sabré yo. Durante un tiempo, su campo de acción estuvo situado en esta comarca.

—Por eso venimos aquí, ¿no?

—Claro. Por eso.

—Tú confías en encontrarle…

—Sí.

—Y esperas caer en sus brazos otra vez. Y decirle, entre beso y beso, que hizo muy bien asesinando a tu padre…

Se estaba exaltando. Su voz era ronca, áspera. Se notaba por el temblor de sus puños que solamente podría calmarse, partiéndole la boca a aquella mujer.

Ella musitó:

—Rómpeme los labios si eso te tranquiliza, Norman. Al fin y al cabo no creo que los labios me sirvan ya para gran cosa.

—Cállate, zorra.

Ella no contestó. Hundió la cabeza y dejó transcurrir unos instantes. Norman desvió la mirada y se fue calmando poco a poco.

—Es una tontería exaltarse por cosas que ya pasaron —dijo al fin—. ¿Por qué no me hablas con sinceridad, Laura? ¿Por qué no me dices qué esperas encontrar en este pantano?

—¿Yo? Nada…

—Es muy parecido a aquel otro y tú estabas pensando algo. ¿Qué es? ¿Quizá lo mismo que pienso yo?

—¿Cómo puedo saberlo? No imagino lo que estás maquinando, Norman.

—No maquino nada. Sólo imagino algunas cosas, por ejemplo la teoría de que hubiese en aquel pantano donde Ben Burke desapareció, un estrecho paso que permitiera asentar allí los pies de un hombre.

—¿Y… y qué?

—Tú conoces perfectamente la teoría. Se saca el oro y se lleva a hombros hasta el centro del pantano. Luego los caballos y el carromato son hundidos en el barro. Consecuencias: se borran todas las huellas y sin embargo el oro está seguro. Los hombres de Ben Burke pueden sacarlo cuando quieran, pues sólo ellos conocen el camino.

Hizo crujir sus nudillos. Luego, siguiendo el hilo de sus pensamientos, continuó:

—Imaginemos que al cabo de un tiempo lo sacan. Les conviene trasladarse a Nevada y se llevan el oro consigo. ¿Piensas que pudieron ocultarlo en otro lugar semejante? ¿En otro pantano que por ejemplo fuera el que tenemos ante los ojos?

Ella no contestó, pero Norman la conocía lo bastante bien para saber interpretar sus silencios. Dijo, quedamente, al cabo de unos momentos:

—Sí… Sería un buen sitio para que Ben Burke tuviera oculta parte de su fortuna. Un pantano por el que no se acerca nadie… Tú pensabas eso, ¿no es cierto, Laura? Y por esa razón has hecho que viniera aquí.

—Hay momentos en que ni yo misma sé lo que pienso —susurró ella.

Norman alzó un poco las manos y luego las dejó caer con un gesto de desaliento.

—Pero hay cosas que parecen incomprensibles —dijo—. Por ejemplo, todo el mundo sabe lo que ocurre con los pantanos: no hay caminos fijos. Hoy pones los pies en un sitio y te salvas. Mañana los pones en idéntico lugar y te ahogas. Las arenas movedizas hacen que no haya estabilidad en un sitio como éste. Por lo tanto, ¿cómo teman los hombres de Ben Burke posibilidad de encontrar el camino, si ni siquiera les quedaba el recurso de marcarlo?

—No lo sé —dijo ella—. La verdad es que no lo sé.

Permanecieron largos momentos pensativos. Para Norman, aquél seguía siendo un misterio insondable. Sabía que hasta los perros se

ahogan porque no saben encontrar el camino. Y, por descontado, también los caballos.

Pero de pronto hubo en sus ojos una sacudida.

Acababa de dar con algo que parecía ser la respuesta.

Un sencillo cerdo. El animal estaba atravesando los cañaverales con la mayor tranquilidad, moviéndose en zigzag y encontrando la ruta segura por entre las temibles arenas movedizas.

Norman sabía que los cerdos tienen a veces un instinto más certero que los perros. Su desconfianza y su instinto de conservación son además, mucho mayores. Eso permitía a aquél encontrar un camino cada día distinto y en el que un perro se hubiera dejado la piel.

Balbució:

—Infiernos…

Todo aquello le descubría un mundo nuevo, un mundo en el que no se hubiese atrevido ni a soñar.

El cerdo lanzó un par de gruñidos al verlos, pero pasó cerca de las patas de los caballos, tranquilamente Luego se perdió entre los cañaverales del otro lado, en un sitio donde ya no había peligro.

Norman seguía estando asombrado. Sus pensamientos eran un torbellino.

—Ese no es un animal salvaje —dijo al fin—. Alguien lo ha traído hasta aquí y cuida de él. Lo que ocurre es que el cerdo se escapa de vez en cuando y hace *su vida.*

—¿Qué tratas de insinuar, Norman?

—Lo que tú has pensado más de una vez. Teniendo en cuenta que ese cerdo ya es viejo, podían tenerlo hace dos años en aquel pantano de Nuevo México. El animal se había habituado a vivir allí y cada día descubría el camino exacto por el que podía pasar. Bastaba seguirlo con mucho cuidado, pulgada a pulgada, para llegar al centro del pantano sin reventar antes. Tú sabes que muchos pantanos tienen zonas sólidas en las que se puede vivir sin peligro.

Ella asintió con una cabezada.

Norman continuó.

—Después del robo, y ya una vez ante el pantano, pudieron llamar al cerdo y luego, cuando éste regresó al centro de las arenas, pudieron seguirlo cuidadosamente llevando el oro sobre los hombros. Más tarde ahogaron a los caballos y hundieron el carromato. Eso les permitió ponerse a ellos a salvo con su fortuna cuando les buscaba todo el mundo. Recuerda que docenas de personas estaban tras los bandidos y que para capturar a Ben Burke se habían formado grupos de voluntarios.

—Lo recuerdo perfectamente —murmuró ella.

—Capearon así el temporal, y al cabo de un tiempo salieron nuevamente. Cuando a Ben Burke le convino trasladarse a Nevada, pudo

hacerlo con el oro a cuestas. Buscaría un sitio como éste, un pantano similar al que había dejado en Nuevo México.

—¿Y crees que educaría al cerdo para que también lo atravesara?

—No era difícil, puesto que bastaba con dejarlo libre. El animal ya estaba acostumbrado a aquellos ambientes y no tardaría en encontrar un camino. Los pistoleros lo siguieron y depositaron el oro. A partir de ese momento, tenían aquí una guarida en la que nadie se atrevería a atacarles.

—Es… es un pensamiento lógico, Norman.

Él se volvió a mirarla

Sus ojos acerados, hostiles, parecieron atravesar el rostro crispado de la mujer.

—Es un pensamiento lógico, pero al mismo tiempo no lo es, Laura —dijo secamente.

—¿Por qué?

—Tú tenías que saber esto.

Ella negó con la cabeza.

Norman casi le escupió la pregunta:

—¿No lo sabías…?

—No.

—¿Tratas de decirme que Ben Burke no explicaba sus planes a su propia esposa?

—En cuestión de dinero no me explicó jamás nada. No se fiaba ni de mí. Por otra parte…

—¿Por otra parte qué…?

—Cuando él vino a Nevada ya me había abandonado. De este viaje yo no supe nada hasta más tarde.

—No me digas…

La voz de Norman era burlona. Ella no se inmutó.

—Sólo sospechaba sus planes —dijo—. Imaginaba que querría tener en Nevada un refugio como el que tuvo en Nuevo México.

—¿Qué es lo que pretendes, Laura?

—No te entiendo.

—¿A favor de quién estás?

—Yo te he pedido que encuentres a mi marido. No tienes que saber más que eso.

Las palabras *mi marido* hicieron a Norman un daño especial. Le pareció haber recibido un latigazo en pleno rostro, como si aquello resucitara sus viejas heridas. Pero al final se encogió de hombros y dijo con indiferencia:

—No acabo de entenderte bien, Laura, pero de todos modos creo que estoy más cerca que nunca de ese condenado de Ben Burke. Voy a

intentar algo.

—¿Qué?

—Mira.

El cerdo volvía apaciblemente al pantano. Debía estar acostumbrado a ver jinetes, porque no se asustó. Esa fue para Norman una prueba más de que estaban en el buen camino.

Descabalga de un salto y se situó tras él.

Laura bisbiseó:

—Mark, por favor…

El simuló no oírla La verdad era que, por primera vez en mucho tiempo, sentía auténtico miedo. Morir de un balazo no le importaba, pero en cambio le horrorizaba la muerte lenta, viscosa, que acecha en el fondo de las arenas movedizas.

Y sabía que un solo fallo, un traspiés, una distracción, le costaría la piel. Pero después de mucho tiempo estaba en el camino de la venganza y querían seguirla No iba a acobardarse ahora por saber que llevaba la muerte en los talones.

¡La había llevado tantas veces…!

Notó que el cerdo husmeaba.

Parecía desorientado.

Sin duda el camino había cambiado en sólo unos minutos y el animal no sabía encontrarla Norman aguardaba con todos los nervios en tensión y sin hacer el menor ruido.

Pese a no hacer calor, sudaba copiosamente.

Una angustia que quizá no había sentido nunca tan intensamente, le pinchaba la piel.

Por fin el cerdo encontró la nueva ruta y avanzó por ella en zigzag. Primero olfateaba, luego aventuraba una pata y por fin el resto del cuerpo. Norman iba casi encima suyo, poniendo los pies justo donde el cerdo había puesto las pezuñas.

Le parecía que aquello no terminaba nunca.

Avanzar una yarda les ocupaba una eternidad. Era un avance diabólico.

Norman tenía ya una sensación de pesadilla cuando se perdieron del todo entre los cañaverales. Sabía que ahora no iba a poder volver atrás. Si perdía de vista al cerdo, no le quedaría más remedio que hundirse poco a poco en el barro. Y no era nada difícil perder de vista al animal en aquella espesura.

Resultaba curioso, pero su vida dependía ahora de un puerco. Norman pensó con amargura que, al fin y al cabo, un borracho como él no se merecía otra cosa.

Por fin el cerdo echó a correr ya sin precauciones. El joven ahogó una maldición creyendo que le perdía, pero entonces se dio cuenta de

que, ¡al fin! Sus botas estaban rodeadas de tierra firme y no se hundían en cuanto se desviaba tres dedos del camino,

Había un claro entre los cañaverales. Norman avanzó hacia allí mientras empuñaba el revólver.

Su corazón latía aceleradamente. Por fin había descubierto lo que nunca creyó descubrir, lo que durante dos años había sido uno de los secretos mejor guardados del Oeste.

Todo era silencio en torno suyo, pero algunos síntomas indicaban que aquello estaba habitado. Por ejemplo, existía una pequeña construcción para el cerdo. Se veían restos de una fogata. Y más allá llegó a descubrir una rústica construcción de madera.

¡Estaba en la guarida secreta de Ben Burke!

¡El sitio en que seguramente ocultaba éste todo su botín!

Norman empujó la puerta de aquella construcción de madera. Vio un par de sillas toscas, un jergón de paja y otro de lana, una mesa y varias botellas, además de latas con alimentos. Por los indicios, en aquel lugar vivían dos hombres.

También había unas cuantas cajas en un ángulo. Eran cajas de madera muy bien tapadas.

Norman alzó la cubierta de una de ellas y sus ojos brillaron intensamente. Allí estaban los lingotes y las monedas que él mismo transportó aquel fatídico día en Nuevo México. Allí estaban, intactos, los ciento cincuenta mil dólares que habían costado tanta sangre.

Y había más: había también joyas, billetes, monedas mexicanas… Todo el botín reunido por Ben Burke después de largos años de crímenes.

El joven se restañó el sudor de su frente.

Había conseguido el mayor éxito de su vida, pero ahora lo importante era salir de allí. Pensó si sería mejor dejarlo todo como estaba y dar parte a las autoridades, o llevarse poco a poco el oro, aunque tuviera que hacer una docena de viajes.

Se decidió por esta última solución, que era también la más peligrosa. Pues no quería exponerse a que Ben Burke volviera y se diera cuenta de que alguien había estado allí, resolviendo, en consecuencia, largarse con todo.

Salió de la cabaña.

Y en ese momento vio cara a cara la muerte. En ese momento se dio cuenta de que, al entrar en el pantano, había pisado nada menos que su tumba.

CAPÍTULO XIII
LOS SEPULTUREROS

LOS dos hombres que habían aparecido ante él, empuñaban revólveres y le estaban apuntando ya a la cabeza. Norman sintió por un momento el frío de la muerte llegarle hasta los huesos, cuando se dio cuenta de que no tenía la menor probabilidad de defensa.

Era imposible que hubiesen atravesado el pantano sin la ayuda del cerdo. Debían estar allí, ocultos entre los cañaverales, cuando él se presentó de pronto.

Y ahora estaba bien listo. Ahora los dos revólveres iban a enviarle su mensaje de muerte.

Los dos pistoleros que los empuñaban iban barbudos y bastante sucios. Eso indicaba que vivían en el pantano y sin ningún contacto con el exterior. Eran, sin duda, los guardianes de la fortuna de Ben Burke.

Uno de ellos barbotó:

—¿Quién eres?

—Me llamo Norman —dijo el joven, intentando mantenerse tranquilo.

—¿Has venido con alguien más?

—Sí. Otros hombres están esperando junto al pantano. Si disparáis lo oirán y entrarán de todos modos.

Uno de los pistoleros lanzó una risita seca.

—A otro perro con ese hueso, hermano. No debe haber nadie más ahí fuera, pero aunque lo hubiese tampoco podría llegar hasta aquí sin la ayuda del cerdo. Ni un regimiento podría entrar.

El otro pistolero barbotó:

—¡Eso no nos importa! ¡No perdamos más tiempo con él, maldita sea! ¡Hay que acribillarlo!

Los dos hombres tensaron los brazos para dejar convertida en una criba la cabeza de Norman.

Este les miró a los ojos con expresión de desafío, sin un pestañeo, mientras lamentaba sólo una cosa: no tener tiempo ni para escupirles a la cara.

Fue en aquel momento cuando el cerdo lanzó un gruñido y fue a pasar por delante de Norman. El animal estaba tan tranquilo porque

también conocía a los dos hombres. Norman comprendió que allí estaba su única posibilidad de sobrevivir, una posibilidad remota, pero que tenía que aprovechar desesperadamente.

Se abalanzó hacia el cerdo, cobijándose materialmente tras él. La verdad era que nunca había tenido un parapeto tan raro y al mismo tiempo tan grotesco, pero la verdad era que el cerdo valía en aquel momento —al menos para ellos— todo el oro del mundo.

Si los dos hombres disparaban y lo mataban, estaban perdidos. Jamás saldrían de allí.

Exponerse a matar al cerdo equivalía a suicidarse, y por eso los dos hombres detuvieron el gesto rabioso con el que iban ya a apretar los gatillos.

Lanzaron al unísono una maldición.

Norman disparó por debajo del animal. El cerdo, acostumbrado a una vida tranquila, chillaba ahora como si lo condujesen al matadero. La bala no le produjo ningún daño, pero alcanzó en la mandíbula a uno de los pistoleros.

Este cayó hacia atrás. Su compañero disparó rabiosamente entre las patas del cerdo.

El animal pegó un brinco.

Parecía mentira la agilidad que tenía el muy condenado.

Norman quedó al descubierto y fue rozado por la bala, pero en el momento de ocurrir esto ya estaba saltando. La bala se perdió en el aire, mientras el cerdo, irritado, empezaba a dar vueltas sobre sí misma

Norman pensó:

«No te escapes, condenado. No te escapes o haces polvo al que quede vivo…»

Los dos hombres rodaban también por el suelo desesperadamente. Sus cuerpos se hundieron entre los cañaverales mientras tenían que soltar los revólveres, porque cada uno de ellos había hecho al otro una salvaje presa.

El terreno parecía hundirse junto a ellos.

Norman se dio cuenta de que aún estaban en terreno firme, pero bordeaban la muerte. Unos palmos más allá estaban las arenas movedizas… ¡Y rodaban hacia ellas!

Apoyándose uno en el otro, pudieron ponerse en pie.

Resollaban como condenados.

El aire del pantano era espeso, asfixiante, y un sudor frío bañaba sus cuerpos. Los dos sabían que era el sudor de la muerte.

Bruscamente se separaron tras una contracción. Sus puños salieron disparados con la fuerza de dos catapultas.

Norman no le dejó tiempo. Apoyó los pies en un suelo que cada vez parecía vacilar más y descargó el puño derecho con todas sus fuerzas. El

impacto y el chasquido de huesos debieron oírse en todo el pantano.

El pistolero lanzó un alarido, mientras se desplomaba hacia atrás.

El suelo estaba cubierto de una hierba tan intensamente verde que su color llegaba a ser viscoso. Pero debajo de la hierba no había tierra firme, sino la capa traidora de las arenas movedizas. La espalda del pistolero se hundió.

Su alarido desgarrador llenó el aire.

Norman buscó con los ojos una rama para ayudarle, y no la encontró. Saltó entonces a la choza y buscó un rifle, que le serviría igualmente, pero no había armas visibles allí. Desclavó entonces la tapa de una de las cajas donde se ocultaba el oro.

Fue con ella hasta el borde del pantano y la tendió.

Su enemigo ya estaba hundido hasta medio cuerpo y chillaba desesperadamente. Logró asirse a la caja con todas sus fuerzas.

—Descansa el cuerpo… —aconsejó Norman—, No hagas movimientos bruscos. Yo tiraré de ti… Cuidado… ¡Cuidado…!

El otro seguía los consejos de Norman. Estaba tan asustado y se sujetaba a la tapa con tal fuerza, que la madera no pudo resistir la tensión. Se rompió con un chasquido.

Norman ahogó una maldición.

El alarido del otro le había helado hasta la sangre.

Lo vio desaparecer entre las arenas, tanto más aprisa cuanto más braceaba para librarse de ellas. Norman tendió la mano todo lo que pudo, pero ya no le alcanzó. Tuvo que cerrar los ojos con una mueca de angustia para no ver cómo el pantano engullía su nueva presa.

Pensó que aquel camino podía haberlo seguido él.

Se sentó en tierra firme, se secó el sudor y recuperó su revólver. Las fuerzas volvían a él poco a poco, pero hubo de reconocer que esta vez había estado al borde del desfallecimiento. Él no se acostumbraría jamás a pelear en la viscosidad de los pantanos.

Buscó con los ojos al cerdo.

Este remoloneaba por allí, afortunadamente. También se había ido calmando, pero estaba claro que buscaba la salida para largarse. Norman tembló, al pensar en lo que iba a ser de él si el bicho se le escapaba y optaba por no volver.

Fue acercándose con disimulo para no asustarle.

Estuvo a punto de llamarle: «Monín»… «Chato»…

Y eso que el cerdo era feo con ganas.

Pero jamás Norman había sentido tanto cariño por un bicho. Y hasta pensó en dedicar un homenaje a los de su misma especie, jurando no comer jamón en el resto de sus días.

El puerco se iba largando con demasiada rapidez. El joven estuvo a punto de equivocar fatalmente el camino un par de veces, en su afán de

no perderlo de vista.

Cuando sal» de nuevo a tierra firme, le pareció que habían transcurrido diez años. Hasta llegó a pensar: «Estoy hecho polvo. Debería jubilarme…»

Laura le miraba con expresión de angustia.

Y entonces hubo en su rostro algo que no engañó. Cuando vio aparecer a Norman, una sonrisa de felicidad, una sonrisa que lo cambiaba todo apareció en sus labios. Pero Norman no quiso fijarse en eso. Una vez se hubo recuperado un poco, clavó en la mujer sus ojos acerados y llenos de indiferencia.

—Los dos teníamos razón —fue todo lo que dijo—. El oro está ahí. Y no sólo el que me robaron en Nuevo México, sino todo el de las rapiñas de Ben Burke.

—He oído disparos —dijo ella con voz temblorosa—. Disparos y gritos. ¿Es que te han sorprendido?

—Había dos hombres que vigilaban ese dinero.

—¿Han… han muerto?

—Si —dijo Norman con indiferencia—, pero he estado tan cerca de acompañarles, que hasta dentro de un mes no me convenceré de que aún tengo la piel entera.

—¿Qué piensas hacer?

—Quería sacar el oro en varios viajes y entregarlo al sheriff más cercano, fiero para eso necesito la ayuda del cerdo, y me temo que ese bicho, después del susto que ha pasado, no vuelva a acercarse por aquí, en seis meses.

—¿Por lo tanto vamos a irnos? ¿Comunicarás al sheriff lo que has visto?

—Sí, claro. Es lo normal.

—¿Y si Ben Burke o sus hombres vuelven mientras tanto? ¿Y si se llevan el oro?

—No podrán.

—¿Por qué?

—Acabo de tener una idea —dijo Norman—. Me llevaré el cerdo conmigo. Y desafío a esos granujas a que entren en el pantano sin que el bicho vaya delante.

—Es una buena idea —afirmó Laura—, pero hay que atraparlo.

Norman hizo una mueca.

—Eso me pasa por borracho —dijo.

—¿Qué es lo que te pasa?

—¿Te parece poco? Que de respetado guía de la frontera he pasado a ser un perseguidor de cerdos…

Y se lanzó detrás del que tanto le había ayudado.

Sólo faltaba que se largase de Nevada, el muy… el muy… el muy cerdo, naturalmente.

CAPÍTULO XIV
FRONTERA DE CALIFORNIA

LA ciudad se llamaba Wellington y estaba casi a orillas del río Walker. Al llegar a ella habían llegado prácticamente a la frontera de California

Norman seguía conociendo todo aquello muy bien, y por eso sus ojos no acusaron la menor sorpresa al distinguir la ciudad más allá de la colina. Tendió el brazo y murmuró:

—Ahí podremos descansar. Y ahí encontraremos también un sheriff al que poder explicarle lo que hay en el pantano.

La cosa tenía su parte cómica, porque el cerdo estaba muy bien atado a la grupa del caballo de Norman. El animal no había dejado de gruñir en todo el camino, y seguro que, a su manera, se había acordado de todos los antepasados del hombre que lo transportaba. Norman le dirigía alguna palabra cariñosa de vez en cuando, como queriendo decirle que no había para tanto, pero maldito si el cerdo le hacía caso.

Por fin habían llegado, sin embargo, al final de la dura etapa. A partir de este momento ya contaría con la protección de la ley.

Miraba también hacia la ciudad con una expresión de alivio.

—No acabo de entenderte —dijo Norman—. En cuanto hable con el sheriff, Ben Burke se habrá hundido. ¿Al lado de quién estás tú, muñeca? ¿Qué pretendes? Te juro que llevamos varios días juntos y aún no he logrado entenderte.

Laura tampoco contestó.

Seguía siendo un misterio su actitud, por lo que Norman se encogió de hombros.

—Si lo que quieres es encontrar a Ben Burke —dijo—, vas a encontrarlo al pie de la horca. Pero ése, al fin y al cabo, no es asunto mío. No hay que meterse en los líos entre marido y mujer.

Recalcó las palabras *marido y mujer* con un tono desdeñoso y cargado de desprecia Ella tampoco contestó. O tal vez hubiese dicho algo, pero en aquel momento Pamela Cunard se acercó, con su caballo.

—Supongo que habrá buenos hoteles en esa condenada ciudad —dijo —. Y tiendas para comprar ropa nueva.

—En esa ciudad hay de todo —explicó Norman—, pero yo no me haría notar, gastando demasiado dinero. Conviene que pases

inadvertida.

—Cuando una chica es de buena familia y encima guapa, no puede pasar inadvertida —dijo Pamela tranquilamente.

—¿Sabes que eres un dechado de modestia, nena?

—Reconozco que soy demasiado sencilla —dijo ella, interpretando las cosas al revés—, pero ya aprenderé a ser una dama.

Le sonrió encantadoramente y picó espuelas, para que el caballo siguiera galopando hacía la ciudad.

Norman aconsejó a las dos mujeres que se apartasen y se dirigieran al hotel mientras él iba directamente a la oficina del sheriff. La verdad era que le molestaba el que des chicas tan estupendas viajasen al lado de un cerdo que no paraba de gruñir. Cuando descabalgó ante la oficina del representante de la ley, algunos de los que estaban en el porche empezaron a mondarse de risa.

—¿Pero qué te pasa, amigo? ¿Es que te has encontrado ese marrano por el camino?

—¿Por casualidad no será hermano tuyo?

—¡A lo mejor vas a vendérselo al sheriff!

—¡O vas a presentarlo como candidato, en la próxima campaña electoral!

Las carcajadas arreciaban. Norman produjo un chasquido con dos de sus dedos mientras gruñía;

—Si supierais que ese cerdo es más listo que vosotros, no reiríais tanto, majaretas.

Y entró.

La oficina del sheriff estaba sumida en penumbra.

El sheriff estaba vuelto de espaldas en su silla rotatoria. Leía un periódico, sosteniéndolo con una mano, y no se molestó en volverse, al oír el ruido que producía Norman. Este carraspeó.

Nada.

Llegó a temer que el sheriff la hubiera diñado. De no ser porque sostenía el periódico con una mano, hubiese llegado a pensarlo en serio.

—Eh, amigo —dijo, supongo que su cuchitril está abierto para atender a la gente…

La silla giró, entonces.

Y el hombre que estaba sentado en ella se volvió.

Norman pestañeó, mientras sentía como una sensación de frío en la espalda.

Porque el hombre que estaba allí no luda ninguna estrella en el pecho. Sólo lucía un Colt 45 en la mano izquierda, un Colt con el que estaba encañonando a Norman.

Este lo reconoció enseguida.

Había visto antes aquella cara de hiena, cuando empezó a luchar contra los sicarios de Ben Burke.

El que tenía delante ahora era uno de los hombres del famoso pistolero. Y no solamente eso. Había aparecido otro más a su espalda. Otro que le clavaba el cañón del revólver en la columna vertebral, mientras decía:

—Has combinado las cosas muy bien. Resultará estupendo verte morir junto a un cerdo, macho…

CAPÍTULO XV
LA ENCERRONA

NORMAN sintió una contracción en la garganta, mientras la vista se le nublaba un momento. De pronto se dio cuenta de que el cerdo había sido como una especie de tarjeta de identidad que él iba exhibiendo por todas partes. Cualquier hombre de Ben Burke que le hubiera visto en el camino, aunque fuese desde lejos, se habría dado cuenta, gracias a aquel detalle, de que venía del interior del pantano.

Y eso significaba la sentencia de muerte para Norman.

Había visto demasiado. A partir de aquel momento no tenía la menor posibilidad de que le dejaran vivir.

Con voz que quería ser clara, susurró:

—¿Dónde está el sheriff?

—Metido en una de sus propias celdas.

—¿Lo habéis matado?

—Todavía no, pero él sabe que la palmará si se pone tonto. Claro que no es el sheriff lo que nos interesa.

Norman tragó saliva.

Lo que les interesaba era él. Mejor dicho, era su cadáver. La cosa estaba demasiado clara.

—¿Me habéis visto por el camino? —susurró.

—Sí, a poca distancia de aquí. Hemos tenido el tiempo justo para organizarte la recepción.

—No conseguiréis nada. He dicho ya dónde está el dinero de Ben Burke y cómo se puede entrar en el pantano.

—Narices. No has hablado con nadie desde que saliste de allí. Además el salvoconducto para entrar en el pantano es ese puerco y tú lo llevas encima Buen compañero para morir…

Norman comprendió que iban a disparar. No tenía la menor posibilidad de salvación, puesto que un revólver le apuntaba de frente y otro por la espalda.

Solamente dijo:

—A ver si encima falláis la puntería, bastardos…

Los dos hombres cerraron los dedos sobre los gatillos.

Reían sordamente.

Y sus risas se quedaron heladas cuando, sin tiempo aún para disparar notaron que alguien más había entrado en la oficina. El recién venido llevaba una escopeta cargada con postas y la empleó sin vacilar un momento.

La espalda del hombre que estaba detrás de Norman quedó pulverizada en fracciones de segundo.

La metralla la había convertido en un auténtico y sangriento colador. La vida escapaba a chorros por las cien heridas de aquel hombre, sin que tuviera tiempo de apretar el gatillo.

El otro tuvo unos momentos de indecisión. El revólver con el que apuntaba a Norman tembló en su mano derecha.

Norman no comprendió en el primer momento el porqué de aquella indecisión, ya que el otro pudo haber disparado. Más tarde lo comprendería; más tarde se daría cuenta de que el otro había tenido buenos motivos para quedar asombrado.

El joven hizo un gesto con la derecha, al tiempo que movía la cadera hacia adelante.

Fue algo instantáneo.

Un espectador no hubiera podido seguirlo con los ojos. El hombre que estaba sentado ante la mesa se dio cuente repentinamente de que le apuntaban a través de la funda.

Aulló:

—¡Nooooo…!

Pero ni él mismo llegó a oír el final de su grito. La bala le había penetrado entre las cejas, alojándose en el fondo de su cráneo. Pudo haber disparado porque tenía todas las ventajas y, sin embargo, el asombro le paralizó hasta el mismo momento en que Norman apretó el gatillo.

Entonces el joven hizo algo, guiado exclusivamente por su instinto. La persona que estaba tras él había disparado con una escopeta cargada con postas, y ahora esa escopeta no debía servirle de nada puesto que había escupido toda su metralla. Pero a aquel hombre, fuese quien fuese, aún debía quedarle, por lo menos, un revólver.

Aparentemente era un amigo de Norman.

Le había salvado la vida.

Pero Norman, al dejarse guiar por su instinto, dio una vuelta espectacular sobre la mesa y la volcó, quedando parapetado tras ella y tras el cadáver al que acababa de pagar el Gran Viaje. Sólo un segundo más tarde y tuvo motivo para saber que su instinto no le había engañado tampoco esta vez. El hombre que estaba a su espalda había disparado con un revólver. Trataba de liquidarle, como había liquidado al otro.

La bala resbaló por la mesa y se hundió en una de las paredes. Un grito de rabia precedió al segundo disparo.

Tampoco la bala acertó esta vez. La madera de la mesa era sólida y resistió el impacto. Norman pudo ver entonces al hombre que acababa de disparar y lo reconoció enseguida.

Tuvo una violenta sorpresa, y entonces comprendió por qué había quedado paralizado el enemigo que lo tuvo unos segundos de frente. El tipo que ahora le apuntaba era otro de los hombres de Ben Burke. Sin duda había liquidado a sus propios compañeros en una intención: llegar hasta el tesoro y hacerse con él antes de que nadie pudiese impedirla

Si los hombres de Ben Burke eran unos traidores, éste era un traidor por partida doble. Una sensación de náuseas dominó a Norman, mientras disparaba. Y a pesar de haber acertado de lleno, disparó otra vez con una mueca de asco.

Su enemigo estaba descubierto ante él, mientras qué Norman se hallaba parapetado. Por eso no tuvo demasiadas dificultades en liquidarle y en saltar enseguida hasta la puerta.

Los hombres que antes se hallaban en el porche miraban aterrados hacia allí. No se habían dado cuenta de nada hasta que los disparos sonaron en la oficina. Uno de ellos señaló al cerdo y murmuró:

—Diablos… Creí que se peleaban por… por el animalillo.

—Algo de eso —dijo Norman—. Al fin y al cabo ese cerdo sabe más que cualquiera de nosotros.

Y volvió a entrar en la oficina para liberar al sheriff. Tenía cosas muy importantes que hablar con él.

El sheriff, que estaba metido en una de las celdas, gritó al verle acercarse:

—¡Sáqueme de aquí, por todos los demonios! ¡No son más que una pandilla de cerdos!

Norman tomó la llave y la hizo girar en la cerradura mientras susurraba pensativamente:

—No me diga…

CAPÍTULO XVI
BUITRES EN LA FRONTERA

CUANDO el representante de la ley escuchó el relato de Norman, hizo una serie de gestos de incredulidad. Pero las cosas concordaban de tal modo y además era tan fácil comprobarlas, que al fin gruñó:

—Reuniré a mis hombres e iremos hasta el pantano. Si es cierto lo que dice tendrá una buena recompensa, amigo.

—No quiero ninguna recompensa. Simplemente me he quitado una espina que me clavaron hace años. Eso es todo.

Norman se puso un cigarrillo entre los labios con gesto preocupado y añadió:

—Bueno, me he quitado sólo parte de aquella espina…

—Supongo que aún le quedan cosas por resolver…

—Sí. Lo peor.

—¿Qué es lo peor?

—Encontrar a Ben Burke.

El sheriff inclinó la cabeza.

—No tenía ni la menor idea de que ese tipo se encontrara por aquí —dijo—, pero no es extraño, porque siempre ha sido muy escurridizo. Podría estar viviendo en la ciudad con otro nombre y yo no haberme enterado. Ah… ¿Cree que sin el cerdo no conseguiremos nada?

—Absolutamente nada. Él es su pasaporte. Sólo con él se puede entrar en el pantano.

—En ese caso lo cuidaré como a mi propio padre.

Un vozarrón dijo entonces desde la puerta:

—Sin señalar, ¿eh? Sin señalar…

Y un tipo fuerte como un roble, con la barba y el cabello blanco, entró y pegó tal guantazo al sheriff que lo hizo sentar de nuevo en la silla.

Norman susurró:

—¿Su padre, sheriff?

—Ssss… Sí.

—Pues tenga cuidado. Me temo que la próxima vez le hará tragarse la estrella.

—No haga caso… En fin, voy a reunir a mis hombres. ¿Usted se

queda en la ciudad, Norman?

—Debo hacerla El asunto del dinero de Ben Burke era sólo uno de los que tengo que resolver.

—Diablos… Es usted un hombre muy ocupado, por lo que veo. ¿Qué otras cosas tiene que resolver, pues?

—Usted ha oído hablar de un hombre llamado Jerome Fox.

El sheriff hizo un gesto como si fuera a escupir, pero al final se contuvo.

—Claro que lo he oído nombrar —dijo—. Es un rico ganadero, pero al mismo tiempo es un… un… un…

—Ya puede hablar claro, sheriff: es un asesino. Y quiere acabar con Pamela Cunard, una muchacha a la que yo debo proteger hasta sacarla de Nevada.

—Pamela Cunard… Ya sé. Es una rica heredera. La única hija que en estos momentos le queda al ranchero Cunard.

—Cierto. Y mi misión consiste en evitar que la pierda a ella también.

—Mal trabajo… ¿Para eso piensa quedarse en la ciudad?

—Sí, puesto que no puedo abandonar a esa muchacha y me parece un peligro inútil volver con ella al pantano. Por otra parte, usted ya no me necesita, sheriff, dado que ya sabe lo que tiene que hacer. Retire el oro con ayuda de sus hombres, hágase cargo del mismo en nombre de la ley y con ello habrá asestado un golpe de muerte a Ben Burke. Pero lo principal, que es arrancarle la piel a ese tipo, todavía tengo que hacerlo yo.

Fue hacia la puerta tras escupir el cigarrillo que aún tenía en los labios. El sheriff murmuró:

—Jerome Fox y Ben Burke… Malos enemigos se ha buscado usted, compadre. ¿De qué color le gusta el ataúd? ¿O quizá lo prefiere sencillamente de madera sin barnizar?

Norman masculló:

—Es usted ideal para levantarle la moral a uno, compañero…

Y fue hacia el hotel donde se hospedaban aquellas dos bellezas que llevaba consigo.

Pero alguien había decidido que no llegaría hasta allí con la piel entera.

Por ejemplo, los tres jinetes que de pronto se lanzaron al galope desde el otro extremo de la calle…

* * *

Es muy difícil resistir el ataque de tres buenos caballistas que van haciendo fuego mientras avanzan, sobre todo si ese ataque no lo espera

uno.

La primera noticia que Norman tuvo del peligro fue el sombrero que, de pronto, le voló de la cabeza, como si se lo hubiera arrancado un *golpe de ploma*

Los tres hombres, lanzados desde el extremo de la calle a toda velocidad, habían disparado a mansalva. Pero la primera bala, al fallar y llevarse sólo por delante el sombrero de Norman, puso en alerta al joven.

Este se movió con más rapidez aún que sus enemigos. Se movió con tan fantástica velocidad que los tres caballistas pensaron por unos segundos que se había esfumado.

En realidad Norman se había lanzado de cabeza contra la valla de un porche. La rompió con el peso de su cuerpo, rodó por encima de las tablas y sacó el revólver, mientras chocaba contra la fachada de la casa.

Los tres caballistas ya estaban prácticamente, encima.

Su velocidad resultaba asombrosa. E iban acribillando todos los edificios a ras del suelo, para que Norman no escapase.

Este saltó de nuevo, colocándose detrás de un banco en el que estaba sentado un borracho.

El borracho ni se enteró.

Norman disparó por entre sus piernas cuando los tres jinetes pasaban por delante del porche, sin poder frenar sus caballos.

Uno quedó rígido sobre la silla, como si de pronto se hubiera convertido en una posta. El otro giró de tal modo que salió despedido por la parte trasera del caballo.

Aún intentó agarrarse a la cola del animal.

La situación hubiera sido cómica de no resultar tan trágica. El animal envió lejos, al moribundo, de un par de coces.

Sólo uno de los jinetes había podido seguir adelante, pero no fue por mucho tiempo. Cuando la bala le alcanzó en la cintura, saltó por los aires y pareció querer llegar hasta uno de los tejadillos de los porches. De pronto, se derrumbó mientras sus labios despedían un hilillo de sangre.

Norman cruzó la calle en silencio.

No hizo ningún gesto.

Iba, sencillamente, en busca de su sombrero.

Cuando lo vio atravesado de lleno por la bala, musitó:

—Lástima Era de buena marca…

Y siguió andando hacia el hotel.

Parecía tan tranquilo, pero en realidad no era así. Sabía que sólo acababa de ganar un *round* a la muerte. Y que el combate proseguía…

* * *

Pamela Cunard parecía esperarle a la puerta del hotel. Se había puesto un vestido blanco y estaba más guapa, más resplandeciente que nunca. No parecía una muchacha que huye, sino una novia que ha venido a la ciudad a encargar su ajuar de la boda.

—Bonita pelea —elogió—. Yo creí que esos tres tipos te liquidaban.

A Norman le sorprendió la sangre fría de la muchacha, pero dijo con tranquilidad:

—Francamente, yo también.

—¿Sabes que eran pistoleros de Jerome Fox?

—¿Los conocías?

—Claro que sí. Y eso significa que Fox está cerca. No te será fácil librarte de él.

—Lo supongo.

Ella le miró curiosamente. Hacía con sus labios pulposos unos suaves movimientos que parecían servir para iniciar el beso. Pamela, con su distinción y su belleza, podía enloquecer a cualquier hombre, y ella lo sabía muy bien.

Claro. La muy perversa…

—¿Sabes una cosa, Norman? —susurró.

—¿Qué?

—Me gustas.

El recibió la frase como si encajara una bofetada. No porque la frase le doliera, sino por lo mucho que le sorprendió. Tuvo que cerrar un momento los ojos, mientras por su mente pasaba un curioso pensamiento:

«Tiene gracia… Tú, un pistolero profesional, un tipo que no tienes donde caerte muerto, has enamorado a una rica heredera. Puede que ese amor no sea muy estable y puede que dentro de seis meses ella se haya arrepentido, pero en estos momentos le parece que lo más importante del mundo eres tú. Estaría dispuesta a arrostrar las iras de su padre con tal de casarse contigo. Y hasta es posible que su padre no se opusiera, ya que en este momento lo que necesita es un hombre fuerte en su rancho. Vamos, anímate… Si aprovechas la ocasión, besas a la chica y la pides en matrimonio, te va a decir que sí, con los ojos cerrados…»

Norman sonrió.

Trató de borrar el pensamiento, mientras hada un suave movimiento con la mano derecha.

—También me gustas tú, Pamela —susurró—, pero desgraciadamente estamos a tanta distancia como la luna y la tierra. Y un tipo como yo tiene derecho a cualquier cosa menos a soñar.

—Yo no creo que haya ninguna diferencia entre nosotros, Norman. Somos un hombre y una mujer. Y supongo que cuando un hombre y una mujer se gustan no deben pensar más que en eso.

—Cuando los pensamientos rozan los sueñas, tampoco se debe pensar —dijo él resignadamente.

Y volvió la cabeza.

No quería ver aquellos labios rojos de Pamela Cunard, hechos para el beso, ni quería ver sus ojos que le prometían todas las delicias del mundo. Unas delicias, además, de las que formaba parte no despreciable la gran fortuna de los Cunard.

«¿Y por qué no? —pensó de pronto—. ¿Por qué no sacas una buena tajada antes de que ella se arrepienta dentro de seis meses…?»

Pero no quiso seguir pensando.

Fue en aquel momento, al desviar la mirada, cuando distinguió a

Laura.

Laura también estaba en la puerta, aunque un poco más atrás, un poco más oculta.

Y fue también entonces cuando distinguió su mirada quieta, su mirada resignada, aquella mirada de mujer que sabe que lo tiene todo perdido en el mundo.

Norman se estremeció.

No sabía lo que sentía.

Pero era algo muy profundo, muy intenso, muy dulce y amargo a la vez.

Era como la sensación de sus propias vidas deshechas.

Las vidas rotas de los dos.

Fue a mirar a Pamela de nuevo para decirle que volviese al interior del hotel, que era peligroso estar allí, mostrándose a todo el mundo y por lo tanto, expuesta a un balazo.

Y en ese momento oyó el crujido a su izquierda. En ese momento se dio cuenta de que la muerte venía hacia él mezclada a una carcajada de burla.

CAPÍTULO XVII
LAS VENTAJAS DEL DIABLO

EL propio Jerome Fox, al situarse a tan poca distancia, al apuntarle a traición, tenía todas las ventajas. Norman no le hubiese visto de no ser por el leve crujido que hizo el martillo mal engrasado del revólver. Hubiese muerto sin darse ni cuenta, con una bala atravesándole el cráneo de parte a parte.

Tenía a su enemigo apenas a cinco pasos. Jerome Fox le apuntaba con su «45» al centro de la cabeza.

No había tiempo ni para rezar la primera palabra de una oración. No había tiempo para nada.

Jerome Fox lanzó una carcajada ronca, mientras apretaba el gatillo.

Pero si Norman no había tenido tiempo ni para moverse, porque el asesino estaba casi encima suyo, en cambio Laura sí que había tenido tiempo para hacerla Laura había visto a Fox unos segundos antes que el joven, y eso le permitió actuar.

Lanzó contra la mano derecha de Jerome Fox lo único que tenía a mano: uno de los pesados ceniceros que había junto a la puerta.

En el memento de disparar, el pistolero recibió el impacto. Su risa quedó truncada para ser sustituida por una maldición salvaje.

Se dio cuenta de que la bala había resultado desviada *acariciando* sólo la cabeza de Norman.

Este tampoco se anduvo con contemplaciones. No perdió tiempo en palabras.

Sacó el revólver con un movimiento seco y disparó a quemarropa. Jerome Fox recibió la bala en la cintura antes de poder colocar el Colt en posición de tiro.

Se estremeció mientras aún intentaba desviar el arma. Sus ojos nublados miraban a Norman con un odio satánico, pero ya como si el joven estuviera muy lejos, como si no fuese más que una sombra.

El joven disparó otra vez, ahora al centro de la cabeza de su enemigo. Este sufrió una brutal sacudida y cayó hacia atrás, desplomándose junto al porche.

Norman guardó el Colt

Todavía respiraba de una forma anhelante. Todavía notaba en la

boca el sabor de la muerte.

Sus ojos se clavaron entonces en Laura.

Laura continuaba quieta más allá de la puerta, con la mirada perdida, sin dar importancia a lo que acababa de hacer.

Como si también ella estuviese muy lejos

—Me has salvado la vida —susurró Norman—. ¿Te das cuenta de que si no llegas a moverte a tiempo, ése hombre me hubiese acribillado?

—No tiene importancia Yo lo vi cuando se acercaba.

—Creí que ya no te preocupabas de mí, Laura. Creí que no te importaba en absoluto.

Ella no contestó. Había una mirada turbia en sus ojos, mientras se mordía el labio inferior nerviosamente.

Dio media vuelta y se alejó. Frente al hotel sólo quedaron Norman y la atónita Pamela Cunard, que todavía no se había rehecho de la sorpresa. Pero al fin la millonaria lanzó una nerviosa risita.

—¡Qué mal rato! —musitó—. ¡Menudo susto! ¡Un poco más y me quedo sin mi fortuna!

—Lo peor, muñeca —dijo Norman—, es que también te habrías quedado sin tu piel.

—Qué lástima, ¿verdad?

—Sí. Hubiera sido una lástima Es demasiado bonita para eso.

—Pues ahora que tengo aún toda la piel enterita y bien puesta, ¿por qué no le haces maldito caso?

Norman se estremeció imperceptiblemente.

¿Qué diabólica llamada era aquélla? ¿Por qué un instinto ciego le empujaba en brazos de la millonaria, como si Laura no existiese, como si en el mundo no hubiera existido ninguna otra mujer? ¿Por qué pensó que era una locura despreciar lo que Pamela le estaba ofreciendo, al menos hasta que Pamela se cansase?

¿No debía aceptar la tentación de sus brazos?

Pero un momento más tarde los ojos de Norman volvían a tener la expresión quieta de antes. Dijo, con un soplo de voz:

—Tu piel es demasiado bonita para que la toquen las manos de un condenado, Pamela Cunard.

Y se alejó de allí. Dio media vuelta y se dirigió al otro lado de la calle, donde había un saloon. Porque después de todo aquello empezaba a tener la boca espantosamente seca, y porque él sabía bien que el sabor a muerte sólo se quita con un buen trago, cuanto más largo mejor.

Pero no llegó al otro lado de la calle.

Fue al volverse cuando los vio. Fue al dejar atrás a Pamela cuando sus ojos quietos se encontraron con las figuras de aquellos cuatro hombres.

* * *

Hubo un parpadeo en Norman, pero ésa fue toda su reacción. Aquel sabor a muerte que notaba en la lengua se hizo más espeso, casi agobiante.

De los cuatro hombres que estaban ante él, con las manos a la altura de los revólveres, uno era Ben Burke.

El asesino que tenía una vieja cuenta con él; una cuenta que ahora iba a ser saldada.

Norman sintió una leve contracción en la garganta.

Cuatro contra uno.

No era una manera muy bonita de plantear las cosas por parte de aquel marrano de Ben Burke, pero ahora de nada servían las palabras. Sólo se trataba de matar o morir.

Ben Burke susurró:

—Te buscaba, perro.

—Pues por una vez hemos coincidido en algo, porque yo también te buscaba a ti.

Ben Burke rió socarronamente.

Aquella leve risa produjo como un estruendo en la calle, donde hubiera podido oírse el vuelo de una mosca.

—Te equivocas —dijo Ben Burke—. También hemos coincidido en otra cosa: por ejemplo en que a los dos nos gustó la misma mujer.

Aquellas simples palabras situaron aún más las cosas en el punto negro en que siempre estuvieron; aquel punto negro en el que se habían encontrado dos hombres sólo uno de los cuales podía vivir.

Norman barbotó:

—Maldito hijo de perra…

—Tú has hecho que perdiera toda mi fortuna, Norman —dijo lenta y ominosamente el asesino—. Tú me has convertido otra vez en una bestia rabiosa, como era al principio, cuando empecé… Pero aún no me has hundido. Cuando pase sobre tu cadáver todo volverá a empezar. Me llevaré a Laura y le haré pagar a golpes de espuela todo lo que me ha hecho…

Norman pestañeó.

¿Laura?

¿Qué decía aquel tipo?

Le pareció que el aire era distinto, que se hacía más oscuro y espeso.

Es decir, Laura había estado en contra de Ben Burke… ¿Pero cuándo exactamente? ¿Y cómo?

Sintió como un soplo de aire frío en el rostro.

No había tiempo para pensar. No había tiempo para nada excepto

para matar o morir.

Cuatro contra uno…

El frío de la muerte pareció penetrar entre los huesos de Norman cuando oyó aquella voz que parecía llegar del fondo de los infiernos:

—¡*Saca*, perro!

Norman hizo un movimiento extraño, impulsivo, mientras todo su cuerpo parecía vibrar.

Se lanzó al suelo.

Todo en sus movimientos fue tan rápido que resultó casi imposible seguirlo con la vista.

Las cuatro balas que iban al centro de su cuerpo pasaron por encima de su cabeza. Pero mientras tanto, él también había disparado.

Uno de los pistoleros que estaba en el ángulo se tambaleó. Otro intentó rectificar el tiro.

Tuvo la extraña sensación de que la segunda bala de Norman se le había llevado por delante el martillo del revólver. En realidad el plomo había acariciado el Colt, pero el pistolero no se dio cuenta de nada más porque inmediatamente sintió como un pinchazo en el corazón. Cayó de rodillas mientras su boca se teñía de sangre.

Ben Burke avanzó dos pasos, a la carrera. Quería estar casi encima de su enemigo para asegurar el disparo. De pronto, algo le detuvo.

Vio que el último pistolero huía. Sus ojos se nublaron.

Apenas pudo gritar:

—Hijo de hiena…

No llegó a ver que su pecho estaba cubierto de sangre. Hizo girar el Colt, aunque se dio cuenta con asombro de que a cada centímetro que movía el brazo éste le pesaba como si fuera de plomo.

Norman disparó otra vez. Pero ahora la bala fue contra el pistolero que huía. Este lanzó un chillido terrible mientras su columna vertebral parecía partirse en dos.

Ben Burke había puesto de nuevo el Colt en línea de tiro.

Sus dientes chirriaban por el esfuerzo.

Sus ojos desencajados no veían más que sombras, sombras, sombras…

La bala le atravesó materialmente la cabeza, penetrando por la mandíbula.

Se oyó un alarido. Pero fue un alarido sordo, angustioso, porque Ben Burke ya no podía gritar.

Pero también Norman emitió una especie de rugido. Vio a Ben Burke caer para siempre mientras el asombro le paralizaba, porque el último disparo no lo había hecho él. El último disparo —prácticamente cuando el asesino ya estaba vencido— lo había hecho Laura, una Laura pálida y

que se movía como una sombra a lo largo de la calle, mientras dejaba caer lentamente a tierra el Colt con el que acababa de matar.

La hermosa mujer era como su propio fantasma.

Avanzó hacia una de las paredes y tropezó con ella. Parecía no saber exactamente dónde estaba. Se tapó el rostro con los brazos mientras un largo, un ronco gemido surgía de su garganta.

No oyó apenas el ruido de las espuelas de Norman al acercarse. Y apenas oyó tampoco aquella pregunta que él hizo con voz clara a su espalda.

—¿Por qué, Laura? ¿Por qué…? ¿Tanto lo odiabas?

—Lo odiaba… más que a nadie en el mundo.

—Pero entonces… —preguntó él con asombro—. ¿Por qué esa actitud? ¿Por qué te casaste con el asesino de tu propio padre?

—Para que no te matara a ti.

Norman tragó saliva bruscamente.

Sentía un sordo dolor en la garganta, un dolor profundo, lacerante y al mismo tiempo muy suave. Ni él mismo se daba cuenta de que le costaba respirar.

—¿Para que no me matara a mí? —susurró—. ¿Te ofreciste a cambio de mi vida?

—Compréndela… Estabas herido y no podías defenderte… Ben Burke juró que te mataría porque eras su peor enemigo, y yo llegué a un acuerdo con él. Le odiaba con toda mi alma, pero sabía que él me deseaba. Que ansiaba poseerme más que cualquier otra cosa en el mundo. Accedí a ser su esposa, aun sabiendo que me abandonaría luego, con tal de que a ti no te hiciera ningún daño. El mismo fue quien exigió que la boda se celebrara a la hora que tú tenías que llegar. Accedí a todo, pero luego no cumplió su palabra. Trató de matarte… Fue entonces cuando le odié más y más, cuando con todas las fuerzas de mi alma deseé su muerte.

Norman tragó aire como si el aire fuera una cosa sólida. Seguía sintiendo aquel dolor sordo, profundo, en la garganta y en el corazón. Con voz que era apenas un soplo, preguntó;

—¿Pero tú no eras ya su amiga antes? ¿No le diste el soplo para que nos asaltara en la misión?

—¿Cómo puedes creer eso? Ben Burke tenía buenos espías y conocía todos vuestros movimientos, pero yo no estuve nunca en contacto con él. Tampoco intervine en la muerte de mi padre. ¿Cómo puedes haberlo pensado ni por un instante? Todo aquello no hacía sino aumentar mi odio, mi asco, y, sin embargo, me vendí… Me vendí para salvarte, Norman, puedes creerlo, aunque luego Ben Burke tratara de asesinarte igualmente. Y s luego, al cabo de un tiempo, fui a buscarte a tu despacho de detective muerto de hambre fue porque… porque… En fin,

yo sabía que nunca encontraría a Ben Burke por mis propios medios, para vengarme de él, y por eso solicité tu ayuda. Era también un modo de que te vengases. Y un modo de que salieras de aquella especie de abismo en que voluntariamente habías caído porque ya no tenías fe en nada.

Norman se acercó un poco más. Le puso una mano en los cabellos, en los hombros… Pero sus dedos temblaban.

—Cuando me encontraste en Carson City parecía como si me odiaras, como si me despreciaras —dijo—, ¿Por qué adoptaste aquella actitud? ¿Qué pretendías con aquello?

—Que me despreciaras, que me aborrecieras para siempre. Que nuestra pasión no volviera a surgir.

Y volvió un poco la cabeza, mientras las lágrimas brillaban en sus ojos. Contuvo desesperadamente el llanto mientras señalaba con el mentón a Pamela Cunard, al otro lado de la calle.

—Lo de hacer que intervinieras en el caso de Pamela no fue casualidad — dijo—. Yo lo organicé todo… Sabía que se enamoraría de ti y que una boda de esa clase reharía tu vida. Era… era el único favor que una zorra como yo podía hacerte, Norman. Renunciar a todo para… para… que tú fueras feliz y rico al fin. Y aún puedes hacerlo, Norman, Es lo que yo más deseo en el mundo. No tienes más que andar unos pasos y… y… Mira. Ella te está esperando. Es una rica heredera, una mujer que te hará feliz. No lo dudes. No hay elección entre ella y… y… una zorra.

Volvió la cabeza y la hundió de nuevo en los brazos. Su cuerpo había sido estremecido por los sollozos. Sus labios estaban curvados. Sus hermosos labios que ya no querían besar…

Norman volvió la cabeza, también.

Miró hacia Pamela Cunard.

Pamela: la riqueza, el buen nombre, la vida asegurada, el placer de unos meses… ¿Por qué dudaba? ¿Qué le retenía allí? ¿Por qué se quedaba quieto, clavado, junto a… junto a la que a sí misma se llamaba una zorra?

Pamela murmuró:

—¿Qué? ¿Te decides, macho?

El movió la cabeza negativamente.

Con lentitud.

Con una sonrisa dulce que volvía a ser la que en otros tiempos tuvo.

—No, muñeca —dijo—. Tú mereces algo mejor. Al fin y al cabo, un zorro y una zorra que se han buscado durante toda la vida, es natural que se encuentren.

Y atrajo hacia sí a Laura.

A una hermosa Laura que temblaba.

Que tenía los ojos anegados en llanto.

Que se estremecía entre sus dedos… Pero que al fin, al cabo de tantos años, sabía lo que era el chispazo mágico de la felicidad, el chispazo mágico de la vida que empieza otra vez.

Pamela Cunard se encogió de hombros y murmuró:

—¡Hay que ver cómo están los tiempos! ¡Y cómo están los hombres, madre mía! ¡Ni con dinero los pesca una…!

FIN

RELOJ ALARMA

Este reloj digital de cuarzo líquido con avisador programado y cuatro pulsadores dispone de las siguientes funciones: Hora, minutos, segundos, n.º de mes, día del mes, día de la semana, programador de alarma y luz para la noche

Ref. 2.077

sólo 2.200,— pts





MINI RELOJ DE PENDULO

Bellísimo reloj que simula un reloj de péndulo de cuco. Funciona a cuerda y el péndulo y la paloma superior están en continuo movimiento. Finamente decorado a mano este simpático reloj reproduce una casita tirolesa con elementos en relieve. Por sus pequeñas dimensiones (150 × 110 mm) es ideal para dar una nota de alegría a las habitaciones juveniles.

Mini Reloj de Péndulo

Ref. 2.279

por sólo 1.750,- pts.



RELOJ DIGITAL PARA SEÑORITA

Con caja y pulsera de acero inox. de bellísimo diseño. Tiene cinco funciones: Horas, minutos, segundos, mes y día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.053

sólo 1.150,— pts



RELOJ DIGITAL PARA CABALLERO

Resistente reloj de caja y pulsera en acero inox. Con cinco funciones: horas, minutos, segundos, número del mes, día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.052

sólo 1.150,— pts

Condiciones para America, pedir información.

Sr. Director: Acogiéndome a sus ofertas y teniendo en cuenta las garantías que me ofrece, le ruego me envíe a mi domicilio los artículos que le detallo a continuación, así como los regalos que me correspondan de acuerdo con el importe de mi pedido.

REF.	ARTICULO	PRECIO
PAGO REEMBOLSO	GASTOS DE ENVIO	150
	IMPORTE TOTAL	

Nombre ________ Edad ____

Domicilio ________ Tel. ____

Población ________ Dto. Postal ____

Provincia ________ Fecha de pedido ____

Escribir a **BAZAR POPULAR**, Apartado 14.020, Barcelona





EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.